

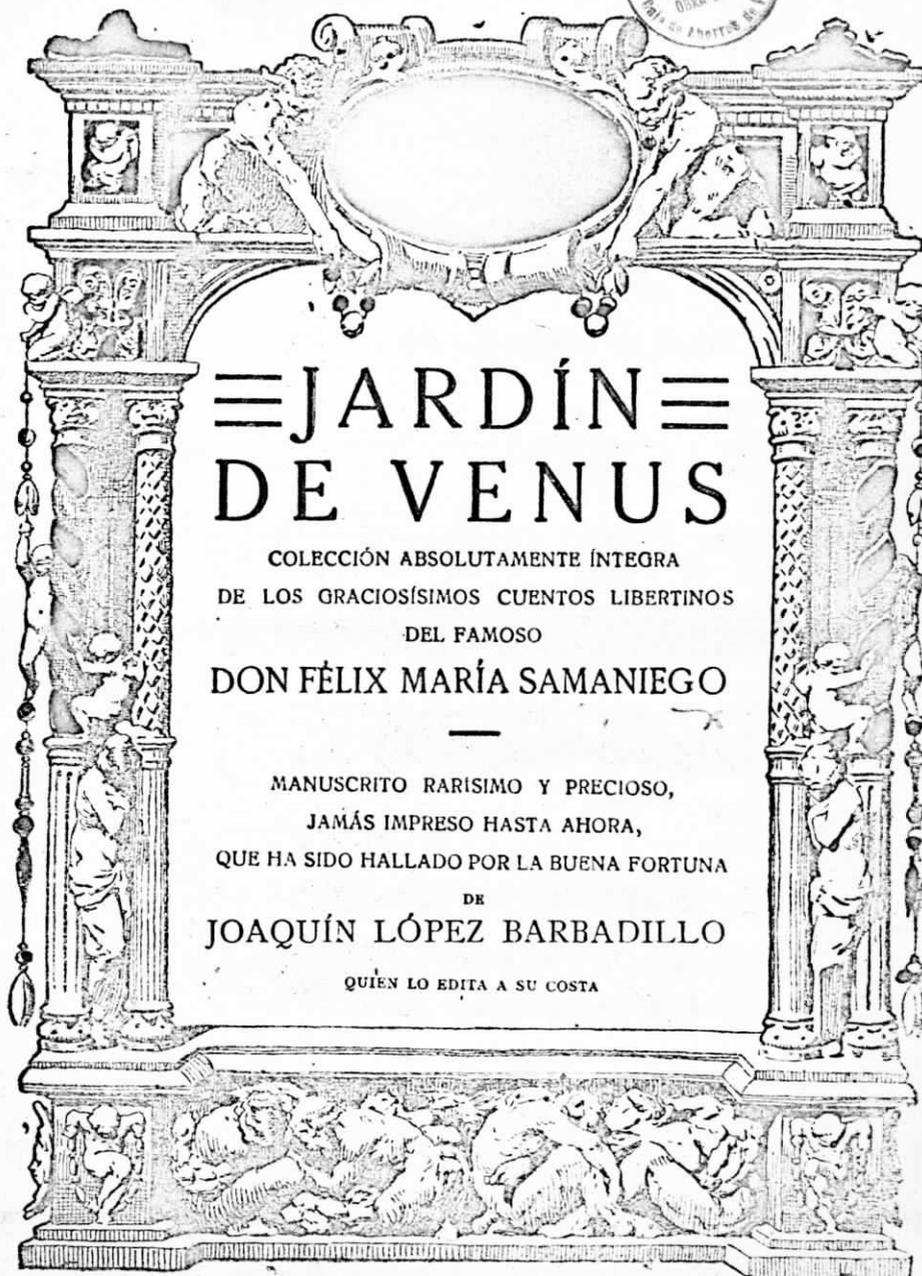
N. - 14719

== Se han tirado de este volumen, ==  
== exclusivamente ==  
== reservado a los suscriptores, ==  
50 ejemplares en papel registro  
y  
300 ejemplares en papel pluma

La transcripción, corrección y refundición de esta obra es propiedad de D. Joaquín López Barbadillo. Derechos registrados. Copyright by Joaquín López Barbadillo, 1921



BIBLIOTECA DE LÓPEZ BARBADILLO Y SUS AMIGOS.—  
ADMINISTRACIÓN: CALLE DEL BARQUILLO, NÚM. 1.—  
TELÉF. M. 47-96. — MADRID



# ≡ JARDÍN ≡ DE VENUS

COLECCIÓN ABSOLUTAMENTE ÍNTEGRA  
DE LOS GRACIOSÍSIMOS CUENTOS LIBERTINOS  
DEL FAMOSO  
DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO

—  
MANUSCRITO RARÍSIMO Y PRECIOSO,  
JAMÁS IMPRESO HASTA AHORA,  
QUE HA SIDO HALLADO POR LA BUENA FORTUNA  
DE  
JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO

QUIÉN LO EDITA A SU COSTA

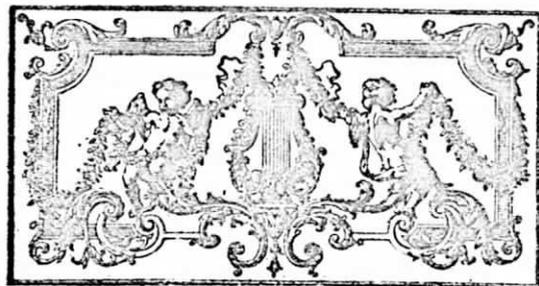
EDICIÓN ILUSTRADA CON UN DESCONOCIDO RETRATO DEL AUTOR

DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO



Retrato inédito, de autor desconocido, que se conserva en la Biblioteca Nacional.





## NOTA PRELIMINAR

ÍBAMOS a los Picos de Europa. Mediaba ya septiembre. Llovía mucho y nos hubimos de quedar en Espinama, al pie de los pelados montes de epopeya, a la espera de que quisiera el sol romper un día las nubes para permitirnos subir. Es este lugar de Espinama el más humilde, el más abrupto y el más bello que quepa imaginar. Perdido en un rincón de España que es a la vez Cantabria, Asturias y León, se llega allí por caminos de cabras, dejando atrás Congarma, Beares, Baró, San Pelayo, Camaleño, Cosgaya, al lento y temeroso andar de los caba-

llos, que hay que descabalgar a veces y llevar de la brida, por miedo de caer, ginete en ellos, a lo profundo de algún barrancar. Tierras de frío, de sombra, de leyenda y silencio; ni aun se oye el piar de un pájaro; quizás de cuando en cuando, al atajar leguas y leguas por el Monte Oscuro, sentís un repentino crugir de matorrales como si un oso fugitivo los desgajase en su torpe carrera. Tan solamente, siempre, en lo hondo de su cauce, inacabable grieta abierta en la montaña por el hacha de Dios, va el Deva repitiendo su murmullo pausado, cual los versos iguales y monótonos de algún romance viejo.

Es domingo, y entramos a misa en Espinama. El pueblecito entero, unas noventa o cien personas, se ha congregado a cumplir el precepto en la pobre iglesuca, sobre cuya espadaña penden, mustias y desgarradas por la lluvia, unas azules banderitas de papel con que se engalanara para recibir al obispo de León, que en estos días anda por la montaña como un prelado recio y apostólico de los tiempos antiguos, montado en su hacanea tradicional y mansa, haciendo la visita pastoral. El templo es humildísimo: un exiguo rectángulo, presidido por un retablo

mísero, bello en su tosquedad aldeana, y, en las dos paredes frontereras, dos altarcitos más. Por no sabemos qué excepción de la liturgia, el cura, aunque es domingo, lleva casulla negra. Es un ancianito muy seco, muy enjuto, todo serenidad y sencillez, que da la sensación de haber nacido allí, de haber vivido siglos y siglos arraigado a aquel suelo; con la faz ocre, de color de tierra, y la cabeza llena de nieve de los Picos. Cuando llegamos, ha acabado la Epístola y, vuelto hacia el concurso atento y rudo, hace pausadamente, con verbo familiar y vacilante, la plática dominical:

—Esto, ya digo, es porque no tenéis temor de Dios... El demonio, ya digo, está siempre al acecho...

. Sigue la misa, que canta el buen párroco y que contesta el pueblo a coro. En el presbiterio, a ambos lados, tres filas de blandones envían, diluída, hasta los pies del templo, una tenue luz fantasmal. Sobre las gradas del altar mayor están arrodillados los niños lugareños; llenan las mujerucas el centro de la nave, y al fondo, tras la pila bautismal, los hombres se amontonan en la estrecha tarima que viene a ser el coro. Nosotros,

temerosos de que nuestra profanidad turbe el sosiego de la santa misa, nos hemos acercado a un banco que hay cerca de la puerta y nos arrodillamos junto a él. Es un antiguo banco, de esos macizos bancos de nogal, nobles reliquias del puro arte español, sobrecargados de pasmosas tallas de grifos, angelotes, rosetones y cruces florecidas, lo mismo en el respaldo que en el arcón que les sirve de asiento. La belleza del mueble venerable nos atrae aun más que el mismo emotivo espectáculo de aquel austero rito popular, ingenuo y primitivo. El mohoso herraje de la cerradura está falto de aldaba, y nos tienta el misterio del arcón. Primero con astucia de chiquillos traviesos y curiosos, después con osadía de casi bandoleros, levantamos la tapa un poquitín, luego un poquitín más, una vez, varias veces... Vemos difícilmente entre las semitinieblas del recinto. El arcón está lleno de libros, de papeles...

En esto, ha concluído la misa. El viejo párroco de la cabeza blanca ha bendecido en el altar mayor un ancho plato de madera lleno de pedazos de pan. Un grave hombre del pueblo, alto y enjuto, a modo de seglar preste o mayor-

domo, va presentando el plato a cada circunsistente y brindándole el pan simbólico y fraterno. Cada cual toma un trozo. El mayordomo se acerca a nosotros también. Y ha debido de ver nuestra maniobra, porque al par que nos tiende la rústica bandeja, nos habla llanamente:

—¿Le gustan los papeles viejos, señor?

—No, no, señor... Sí... Es decir, era sólo curiosidad...—tartamudeamos, azorados.

—Luego, si quiere, los verá. Usted es el que vino antiyer de Potes a los Picos, ¿no?

Es amigo del guía, de aquel montañés viejo de Tresviso, ágil como un rebeco, que va a llevarnos a las cumbres peladas y que en las monterías regias de otro tiempo le hablaba de tú al rey Alfonso XII. Por el guía sabe a qué hemos ido allí.

Y cuando sóñolientos, callados y cansinos, calzándose en el atrio los zuecos que al penetrar dejaron apareados en la puerta, por no turbar con su chocleo el respeto de la casa de Dios, van saliendo de ella los pobres feligreses, me conduce el hombre a trabarme en grata y campechana plática con el venerable pastor. Hablamos de aquel mundo sosegado y perdido en

medio de los montes; de aquella iglesia patriarcal y bucólica; de mi curiosidad por el arcón, los libros, los papeles...

—Ah, sí, hijo mío, los papeles, los libros... ¿Gusta de eso?... Tómese los que quiera. Llévelos todos, si por esas veredas quiere y puede llevarlos... Algo curioso hay. Siglos tienen algunos... Toda la vida se estuvieron ahí. Sesenta años, ya digo, habrá que los conozco, cuando vine a la iglesia. Algo tomé yo de ellos. El *Manual de confesores*, de Martín de Azpilcueta... Un sermonario de San Juan Crisóstomo... Y no es que la elocuencia de la sagrada cátedra, ya digo, sea de mucho provecho en estas zahurdas... *Margaritas*, ya digo, *margaritas ad porcos*... ¡Pobres hijitos míos!... Vea, vea lo que le place... Ahí había de perderse, puesto a que la polilla acabe de horadarlo y lo coman ratones. Allá anda todo abierto y sin cuidado de hurtos, que por acá, ya digo, no hay quien sepa leer.

Y el mismo bendito varón encendió un candero de la sacristía lóbrega y guió hacia la iglesia. Mucho más glotón que ratones y polillas, revolviendo afanoso legajos y volúmenes, devoraba yo nombres, epígrafes y fechas a la luz

de la vela que el mayordomo había tomado al cura bondadoso. Y él proseguía con su voz feble y paternal:

—Algo bueno hay. Todavía la vejez, que me llevó la vista y no me deja hojearlos, no me ha borrado la clara memoria... Recuerdo de una relación manuscrita de la conquista de Nueva Granada... Y una declaración del *Cantar de los Cantares*, por Fray Luis de León... Y cosas de mundanidad y pasatiempo, muy gustosas de leer. Había un libro... un librito... manuscrito también, de Samaniego... ¡Jesús, no quiero recordarlo!... «Cuentos burlescos», dice... «Jardín de...», dicho sea con perdón, «Jardín de Venus». Cuentos endemoniados, cuentos empecatados, hijo mío; pero de diablejos alegres y graciosos; pecadillos veniales; picardía, chiste y zumba, cosa española rancia; pecadillos veniales que hacen sonreír, ya digo, a Dios nuestro Señor.

La rebusca era ardua y se quedó para el día venidero. Aunque en él brilló el sol, podían más en nosotros las ansias de bibliófilos que el amoriguado ardimiento de alpinistas. Fué sacado el arcón al atrio de la iglesia. El viejo guía, ojeador de rebecos del Rey Alfonso XII, decíanos

impaciente, señalando a lo alto, hacia los montes:

—Oye, tú: ¿pero no imos?

Y poco a poco, desenterrados de polvo y miseria, fueron naciendo nuevamente a la luz infolios, mamotretos ilegibles, volúmenes latinos, ejecutorias miniadas y bellas, comidas de humedad. Y entre ello asomó al fin su faz el pícaro del cóncave: era un rollo de quince cuadernillos de a doce hojas, las tres últimas blancas y todas sin coser, en amarillento papel, letra apretada y clara y tinta desvaída, cuya cubierta decía de este modo: *Jardín de Venus*.—*Cuentos burlescos de Don Félix María Samaniego*.—*Escribiólos en el Seminario de Vergara de Álava por los años de 1780 y tienen burlas de frayles y monjas y mucho chiste y regocijo. Este autor lo es de las Fábulas literarias, natural de la villa de La Guardia en Guipúzcoa y señor de las cinco villas del valle de Arraya. Es propiedad de José de Bulnes, vezino de Potes, año 1792.*

Ávidamente cogimos un pliego y empezamos a leer. Leíamos en voz alta, entre pausas de risa. Era una vena saltarina, fresca, de gracia a chorros, de ingenio a raudales, ¡pero de qué maldi-

tos temas, santo Dios! Al cabo, ante una frase más gorda y más redonda, hicimos una pausa, y nos quedamos un poco perplejos mirando la cabeza nevada del buen cura. Y el buen cura nos dijo:

—Ya, ya, hijo mío... Comprendo... No sigue el cuento, por buenos respetos... Miramientos, ya digo, al ministerio y a la edad. Pero llévelo, llévese el librito si gusta, y huélguese por su mundo con él; que, aunque es cosa ligera, no sólo a gente moza, sino a los hombres juiciosos y graves les puede divertir. Que no tiene el «Jardín» flores venenosas, sino tufillo algo fuerte y picante de clavo y de pimienta y olor de alegre humanidad. Un ratillo de risa, que aparta el ánimo de otras cosas peores. No hay, hijo mío, ningún pecado gordo que se cometa riéndose, ya digo. Mientras está uno riéndose no queda pensamiento para ofender a Dios.

Alborozado como un muchacho ante el soñado juguete de Reyes, guardéme el rancio manuscrito. Era una copia, clara y primorosa, única sin disputa, íntegra por milagro en los sueltos cuadernillos, de los famosos *Cuentos* del esclarecido don Félix Samaniego, de que sola-

mente se hallaban algunos esparcidos acá y allá en viejos cartapacios y que no conocía nadie en su total conjunto. Hallazgo inestimable, porque es fama que, en la hora de su muerte, el regocijado varón mandó que los quemasen. No sabía que un buen cura, un cura viejecito, sencillo, y evangélico, purificado por la viva llama de la virtud y de la fe en las cimas de unos riscos que están tocando el cielo, iba a tener para ellos, corridos ya cien años, la indulgente sonrisa de Dios nuestro Señor para los pecadillos veniales.

Y a otro domingo, al tornar a Espinama después que habían sido ellos en la montaraz soledad de aquellos Picos mi alegre compañía, quise satisfacer cumplidamente, como su albacea y legatario inesperado, lo que aún tuviese que purgar el alma de don Félix. Por excepción en la pompa litúrgica, el ancianito volvió a revestirse con la casulla negra aquel día del Señor; la misa aldeana fué misa de *Requiem*; tres filas de blandones iluminaron suavemente el templo; los hombres en el coro, las mujerucas en la humilde nave, los puros chiquitines arrodillados en las gradas del altar, elevaron a Dios sus almas

primitivas, rezando por don Félix sin saberlo. Y yo, que había de ser divulgador de su picardía leve por este mundo pícaro, quise también hacer, honrado y precavido, la paga adelantada de mi culpa venial, y, como cada rústico vecino del lugar hacía un domingo, ofrendé a la iglesia un gran pan. Y el pan se partió en trozos y les fué dado a todos, simbólico y fraterno: vida, alegría y salud.

JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO.

## ADVERTENCIA

De los cuarenta y siete cuentos que contituyen el *JARDÍN DE VENUS*, hemos juzgado innecesario imprimir aquí nueve, a saber: *La peregrinación—Las bendiciones de aumento—Las penitencias calculadas—Las gollerías—El miedo de las tormentas—El panadizo—Los calzones de San Francisco—El matrimonio incauto y La pulga*. Los nueve andaban ya desperdigados por diferentes libros de poesías de este género, y los conocen ya nuestros lectores por haber sido recogidos en el *CANCIONERO DE AMOR Y DE RISA*, de esta Biblioteca. ¿A qué incurrir en la repetición?

La transcripción de la presente obra se ha hecho

siguiendo exactamente el orden y la ortografía, un tanto caprichosa, del manuscrito de que está sacada. Positivamente, éste, aun siendo muy cuidada copia de las poesías originales, adolecía de *lapsus* que con un poco de buen sentido se echaban bien de ver: alteraciones indudables de palabras; consonantes perdidos; versos largos y cortos, que de seguro no hizo así Samaniego, y hasta falta de algunos, que se podían adivinar y reconstituir con lógicas probabilidades de aproximarse al texto primitivo. Tuvimos, pues, que realizar, con el escrúpulo y el respeto en que a nadie cedemos, un ahincado trabajo de expurgo y aun de *refundición*, como se dice ahora. Si no hemos acertado en él completamente, atenúe nuestra culpa la buena voluntad.



JARDÍN DE  
VENUS CUENTOS  
BURLESCOS DE DON FÉLIX MA-  
RÍA SAMANIEGO  Escriviólos en  
el Seminario de Vergara de Álava por los años  
de 1780 y tienen burlas de frailes y monjas y  
mucho chiste y regocijo. Este autor lo es de las  
Fábulas literarias, natural de la villa de La Guar-  
dia en Guipúzcoa y señor de las cinco villas del  
valle de Arraya.

Es propiedad de José de Bulnes, vezino de Potes,  
año 1792.



### EL PAÍS DE AFLOXA Y APRIETA

En lo interior del África buscaba  
un joven viagero  
cierto pueblo en que a todos se hospedaba  
sin que diesen dinero:  
y con esta noticia que tenía,  
se dexó atrás un día  
su equipage y criado.  
y, yendo apresurado,  
sediento y caluroso,  
llegó a un bosque frondoso  
de palmas, cuyas sendas mal holladas  
sus pasos condugeron  
al pie de unas murallas elevadas  
donde sus ojos con placer leyeron,  
en diversos idiomas esculpido,

un rótulo que hacía este sentido:  
*Esta es la capital de Siempre-meta,  
 país de afloxa y aprieta,  
 donde de valde goza y se mantiene  
 todo el que a sus costumbres se conviene.*

—¡He aquí mi tierra!—dixo el viandante  
 luego que esto leyó, y en el instante  
 buscó y halló la puerta  
 de par en par abierta.

Por ella se coló precipitado  
 y vióse rodeado.

no de salvages fieros,  
 sino de muchos jóvenes en cueros,  
 con los aquéllos tiesos y fornidos,  
 armados de unos chuzos bien lucidos.

los quales le agarraron  
 y a su gobernador le presentaron.  
 Estaba el tal, con un semblante adusto,  
 como ellos en pelota; era robusto  
 y en la erección continua que mostraba  
 a todos los demás sobrepujaba.

Luego que en su presencia  
 estuvo el viagero,  
 mandó le desnudasen, lo primero,  
 y que con diligencia

le mirasen las partes genitales,  
 que hallaron de tamaño garrafales.  
 La verga estaba tiesa y consistente,  
 pues como había visto tanta gente  
 con el vigor que da Naturaleza,  
 también el pobre enarboló su pieza.  
 Como el gobernador en tal estado  
 le halló, díxole: —Joven extranjero,  
 te encuentro bien armado  
 y muy en breve espero  
 que aumentarás la población inquieta  
 de nuestra capital de Siempre-meta;  
 mas antes sabe que es el heroísmo  
 de sus hijos valientes  
 vivir en un perpetuo priapismo,  
 gozando mil mugeres diferentes;  
 y si cumplir no puedes su costumbre,  
 vete, o te espones a una pesadumbre.—

—¡Oh! Yo la dexaré desempeñada  
 (el joven respondió) si me permite  
 que en alguna belleza me exercite.

Ya veis que está exaltada  
 mi potencia, y yo quiero  
 al instante jo...—

—¡Basta! Lo primero

(dixo el gobernador a sus ministros).  
se apuntará su nombre en los registros  
de nuestra población; después, llevadle  
dónde se bañe; luego, perfumadle;  
después, que cene quanto se le antoxe,  
y después enviadle quien le afloxe.—

Dixo, y obedecieron  
y al joven como nuevo le pusieron.  
lavado y perfumado,  
bien bebido y cenado  
de modo que en la cama, al acostarse,  
tan sólo panza arriba pudo echarse.  
Así se hallaba, quando a darle ayuda  
una beldad desnuda  
llegó, y subió a su lecho;  
la qual, para dexarle satisfecho,  
sin que necesitase estimularlo,  
con diez desagües consiguió afloxarlo.

Habiendo así cumplido  
las órdenes, se fué y dexó dormido  
al joven, que a muy poco despertaron  
y el almuerzo a la cama le llevaron,  
presentándole luego otra hermosura  
que le hiciese segunda afloxadura.  
Ésta, que halló ya lánguida la parte,

apuró los recursos de su arte  
con rápidos meneos  
para que contentase sus deseos,  
y él, ya de media anqueta, ya debaxo,  
tres veces afloxó, ¡con qué trabajo!

No hallándole más jugo  
ella se fué quexosa,  
y otra entró de refresco más hermosa,  
que, aunque al joven le plugo  
por su perfección rara,  
no tuvo nada ya que le afloxara.

Sentida del desayre,  
ésta empezó a dar gritos, y no al ayre,  
porque el gobernador entró al momento  
y, al ver del joven el afloxamiento,  
dixo en tono furioso:

—¡Hola! Que aprieten a ese perezoso.—  
Al punto tres negrazos de Guinea  
vinieron, de estatura gigantea,  
y al joven sugetaron,  
y uno en pos de otro a fuerza le apretaron  
por el ojo fruncido,  
cuyo virgo dexaron destruído.  
Así, pues, desfondado,  
creyéndole bastante castigado

de su presunción vana,  
 en la misma mañana,  
 sacándole al camino,  
 le dexaron llorar su desatino,  
 sin poderse mover. Allí tirado  
 le encontró su criado,  
 el qual le preguntó si hallado había  
 el pueblo en que de valde se comía.  
 —¡Ah, sí, y hallarlo fué mi desventura!—  
 el amo respondió.

—Pues ¿qué aventura  
 (el mozo replicó) le ha sucedido,  
 que está tan afligido?

En esa buena tierra  
 no puede ser que así le maltrataran.—  
 —Mil deleytes (el amo dixo) encierra  
 y, aunque estoy desplegado, yo lo fundo  
 en que si como afloxan no apretaran,  
 mejor país no habría en todo el mundo.

---



## LOS GOZOS DE LOS ELEGIDOS

Iba un guardia de corps, lector amado,  
 a más de media noche apresurado  
 a su cuartel y, al revolver la esquina  
 de la calle vecina,  
 oyó que de una casa ceceaban  
 y que, abriendo la puerta, le llamaban.

Determinó acercarse  
 porque era voz de femenil persona  
 la que el lance ocasiona,  
 y sin dudar, a tiento,  
 de uno en otro aposento,  
 callado y sin candil, dexó guiarse  
 hasta que, al parecer, llegó la dama  
 donde estaba la cama

y le dixo: —Desnúdate, bien mío,  
y acostémonos pronto, que hace frío.—

El guardia la obedece  
metiéndose en el lecho que le ofrece,  
cuyo calor benéfico al momento

le templá el instrumento,  
y mucho más sintiendo los abrazos  
con que en amantes lazos  
la dama que le entona  
espresiva y traviesa le aprisiona.

Entonces, atrevido,  
intentó la camisa remangarla  
y rijoso montarla;  
mas quedó sorprendido  
al ver que ella obstinada resistía  
la amorosa porfía,  
y que, si la'dexaba,

también de su abandono se quejaba,  
hasta que al fin salió de confusiones  
oyendo de la dama estas razones:

—¿Cómo te has olvidado  
del modo con que habemos disfrutado  
siempre de los placeres celestiales?

¿Los deleytes carnales  
pudiera yo gustar inicualmente

quando mi confesor honestamente  
sabes que me ha instruído  
de cómo gozar debe el elegido  
sin que sea pecado?

¡Pues bien que te has holgado  
conmigo en ocasiones  
sin faltar a tan puras instrucciones!—

El guardia, deseando le instruyera  
en lo que eran delicias celestiales,  
dexó que dispusiera

la dama de sus partes naturales;  
y halló que su pureza consistía  
en que el varonil miembro introducía  
dentro de su natura

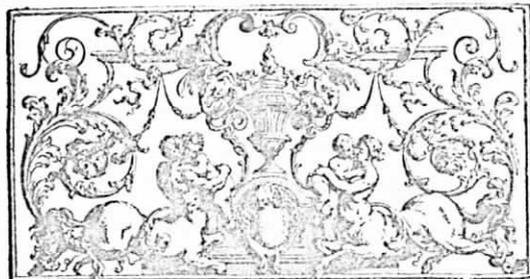
por cierta industriosísima abertura  
que, sin que la camisa se levante,  
daba paso bastante  
(como agujero para frayles hecho)  
a qualquier recio miembro de provecho.

Con tal púdico modo  
logró meter el guardia el suyo todo,  
gozando a la mujer más cosquillosa  
y a la más santamente luxuriosa.

Mientras los empujones,  
ella usaba de raras espresiones,

diciendo: —¡Ay, gloria pura!  
 ¡Oh celestial ventura!  
 ¡Deleytes de mi amor apetecidos!  
 ¡Ay, goces de los fieles elegidos!—  
 El guardia, que la oía  
 y a su pesar la risa contenía,  
 dixo: —Por fin, señora,  
 no he malgastado el tiempo, pues ahora  
 me son ya conocidos  
 los goces de los fieles elegidos.—  
 Al escuchar la dama estas razones,  
 desconoció la voz que las decía;  
 mas, como en los postreros apretones  
 entorpecer la acción no convenía,  
 exclamó: —¡Ay, qué vergüenza! ¡Un hombre extraño...!  
 ¡No te pares...! ¿Se ha visto tal engaño...?  
 ¡Ángel del paraíso...! ¡Qué placeres...!  
 ¡Ay, métemelo bien, seas quien fueres!

---



### LAS ENTRADAS DE TORTUGA

Estaba una señora desahuciada  
 de esa fiebre malvada  
 que, sin ser, según dicen, pestilente,  
 se lleva al otro lado mucha gente.  
 Sus criados y amigos la asistían  
 con celo cuydadoso  
 pues por tonto tenían  
 de la dama al esposo  
 y, así, de su dolencia  
 nunca le confiaron la asistencia.  
 Llególe, al parecer, la última hora  
 a la pobre señora;

tragéronla, muy listos,  
 agonizantes cristos,  
 y de la sepultura  
 la eterna llave con la Sacra Untura.  
 Después que bien la untaron  
 y a su placer los frayles la gritaron,  
 a media noche túvola por muerta  
 el médico, y dispuso  
 dexar del todo abierta  
 la alcoba de la enferma, según uso,  
 y que, ya sin cuidados,  
 se acostaran amigos y criados.  
 Fuéronse todos a dormir bien pronto;  
 y luego que esto vió el marido tonto,  
 quedito entró en el cuarto de su esposa,  
 que nunca más hermosa  
 le pareció que entonces, porque hacía  
 un mes que por su mal no la veía.  
 Mirándola los pechos,  
 que a torno parecían estar hechos,  
 y el ojal del encanto,  
 en que pecara un santo,  
 dixo:—¿Se ha de comer esto la tierra  
 sin más ni más? ¡Ah calentura perra!  
 Llévese entre responsos y rosarios

toda la retención de mis monarios.—  
 Dicho y hecho: de un brinco  
 montó, enristró, y al golpe, con ahinco  
 quedó, sin que más quepa,  
 clavada en su terreno aquella cepa.  
 ¡Vive Dios que producen maravillas  
 del masculino impulso las cosquillas,  
 según se prueba en el siguiente caso!;  
 porque, lector, al paso  
 que el marido empujaba,  
 su muger se animaba,  
 y, quando sintió el fuego  
 del prolífico riego,  
 abrió los ojos, medio suspirando,  
 y abrazó a quien la estaba culeando.  
 Entonces las culadas prosiguieron  
 hasta el día; y los dos las suspendieron  
 porque entraron las gentes  
 de la enferma asistentes  
 en el cuarto, y, hallándola sentada,  
 en brazos de su esposo reclinada,  
 se admiran, y —¡Milagro!— repitiendo,  
 van a llamar al médico corriendo.  
 Éste, luego que vino,  
 la tomó el pulso y dixo:—Yo no atino

qué es lo que la habrán dado,  
que así se ha mejorado—;  
y el marido, que en tanto se reía,  
dixo:—Señor doctor, será obra mía,  
porque, así que dexaron a mi esposa  
los presentes, entré yo con mi cosa  
tiesa, como la tiene el que madruga,  
y la dí cinco entradas de tortuga.—

—¡Bravo! (el médico esclama);  
ya comprendo la cura. ¿Y... por qué llama  
con tan extraño nombre  
la genital operación del hombre?—

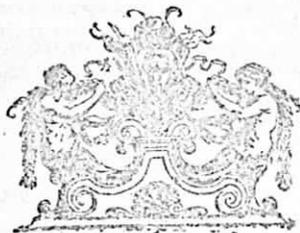
—¡Toma! (el tonto replica);  
es un modo de hablar que significa...  
¡zas!... soplarlo de golpe hasta lo hondo,  
cual las tortugas... ¡zas!... se van al fondo.

Pero, si está mal hecho...—  
—No (el médico le dice); has acertado,  
pues tus entradas son de tal provecho  
que a tu pobre muger vida la han dado.—

Así que esto oyó el tonto,  
echó a llorar de pronto,  
y el doctor, que el motivo no alcanzaba,  
le preguntó qué pena le apuraba.

—¡Ay! (respondió afligido);

que el dolor me lo arruga.  
¡Si yo hubiera sabido  
que las tales entradas de tortuga  
daban vida de cierto,  
nunca mis padres se me hubieran muerto!





## EL RECONOCIMIENTO

Una abadesa, en Córdoba, ignoraba  
que en su convento introducido estaba  
bajo el velo sagrado  
un mancebo, de monja disfrazado;  
que, el tunante, dormía,  
para estar más caliente,  
cada noche con monja diferente,  
y que ellas lo callaban  
porque a todas sus fiestas agradaban,  
de modo que era el gallo  
de aquel santo y purísimo serrallo.

Las cosas más ocultas  
mil veces las descubren las resultas  
y esto acaeció con las cuytadas monjas,

porque, perdiendo el uso sus esponjas,  
se fueron opilando  
y de humor masculino el vientre hinchando.  
Hizo reparo en ello por delante  
su confesor, gilito penetrante,  
por su grande esperiencia en el asunto,  
y, conociendo al punto  
que estaban fecundadas  
las esposas a Cristo consagradas,  
mandó que a toda priesa  
bajase al locutorio la abadesa.  
Ésta acudió al mandato  
por otra vieja monja conducida,  
pues la vista perdida  
tenía ya del flato,  
y al verla, el reverendo,  
con un tono tremendo,  
la dixo:—¿Cómo así tan descuydada,  
sor Telesfora, tiene abandonada  
su tropa virginal?; pero mal dije,  
pues ya ninguna tiene intacto el dixe.  
¿No sabe que, en su daño,  
hay obra de varón en su rebaño?  
Las novicias, las monjas, las criadas...  
¿lo dire?, sí: todas están preñadas.—

—*Miserere mei, Domine!* (responde sor Telesfora). ¿En dónde estar podremos de parir seguras, si no bastan clausuras? Váyase, padre, luego, que yo hallaré al autor de tan vil juego entre las monjas. Voy a convocarlas y con mi propio dedo a registrarlas.—

El confesor marchóse; subió sor Telesfora, y publicóse al punto en el convento de las monjas el reconocimiento. Ellas, en tanto, buscan presurosas al joven, y llorosas el secreto le cuentan y el temor que por él experimentan.

—¡Vaya! No hay que encogerse (él dice). Todo puede componerse, porque todas estáis de poco tiempo. Yo me ataré un cordel en la pelleja que cubre mi caudal quando está floxo; veréis que me le cojo detrás; junto las piernas, y la vieja cegata, estando atado a la cintura, no puede tropezar con mi armadura.—

Se adoptó el espediente, se practicó, y las monjas le llevaron al coro, donde hallaron la abadesa impaciente culpando la tardanza. En fin, para esta danza en dos filas las puso, las gafas pone en uso y, una vela tomando encendida, las iba remangando. Una por una, el dedo las metía y después—*No hay engendro*—repetía.

El mancebo miraba lo que sor Telesfora destapaba, y se le iba estirando el bulto, y el torzal casi estallando; de modo que; tocándole la suerte de ser reconocido, dió un estirón tan fuerte que el torzal consabido se rompió y soltó al preso al tiempo que lo espeso del bosque la abadesa le alumbraba; y así, quando para esto se baxaba, en la nariz llevó tal latigazo

que al terrible porrazo  
la vela, la abadesa y los anteojos  
en el suelo quedaron por despojos.

—¡San Abundio me valga!  
(ella exclamó). ¡Ninguna de aquí salga,  
pues ya, bien a mi costa,  
reconozco que hay moros en la costa!—

Mientras la levantaron  
al mancebo ocultaron  
y en su lugar pusieron  
otra monja, la falda remangada,  
que, siendo preguntada  
de con qué a la abadesa el golpe dieron,  
la respondió:—Habrá sido  
con mi abanico, que se me ha caído.—  
A que la vieja replicó furiosa:  
—¡Mentira! ¡En otra cosa  
podrán papilla darme,  
pero no en el olfato han de engañarme,  
que yo le olí muy bien cuando hizo el daño,  
y era un *dínosle hoy* de buen tamaño!

---



## EL PIÑÓN

Compró un turco robusto  
dos jóvenes esclavos, que un adusto  
argelino vendía.  
Los llevó a la mazmorra en que tenía  
otros muchos cautivos,  
y, cerrando la puerta,  
detrás de ella a escuchar se quedó alerta  
los modos espresivos  
con que los más antiguos consolaban  
a los recién venidos que allí entraban.  
Eran un andaluz y un castellano,  
y el que hablaba con ellos italiano,  
que dixo en voz de tiple, muy doliente,  
a los nuevos llegados lo siguiente:

—*Compagni sventurati al par che cari,  
i vostri affani amari  
io voglio consolar: nostro padrone  
è un turco di bonissima intenzione,  
pietoso cogli schiavi che la guerra  
riduce al suo servizio;  
solmente li destina per l'uffizio  
che si costuma là, nella mia terra,  
strapazzando l'occhio del riposo  
col suo membro, che è troppo lungo e grosso.*—

—Compayre (el andaluz dixo temblando),  
¿qué me está uzté jablando?  
¿Conque ha dado eze perro en eza maña  
que en Italia ze eztila? ¡Ay, pobrecito  
de mí, dezfondacao en tierra eztraña!  
¡Yo, que tengo un ojito  
lo mezmo que un piñón! ¿Zerá baztante  
pa rezguardarle ezte calzón de ante?—  
Iba a darle respuesta el italiano,  
pero el turco inhumano  
gritó entonces: —¡No haber ante que valga!  
¡El ojo de piñón al ayre salga!—  
Al punto, cuatro moros,  
sin atender las quexas ni los lloros,  
afuera le sacaron

y a su señor por fuerza le llevaron.  
En tanto que él la operación sufría,  
el italiano al otro le decía:

—*Giovinello garbato,  
anche tu sia al momento preparato  
a soffrir del padron membruto e fiero  
il colpo assalitor dell'occhio nero,  
perchè di bianca faccia o color bruno  
il turco buzzarron non lascia alcuno.*—

El fuerte castellano con arrojó  
la argolla de un cerrojo  
arrancó de una puerta al oír esto,  
y, habiéndosela puesto  
de su gran nalgatorio en la angostura,  
pudo con tal diablura  
guardar el centro y pliegues del cortorno,  
y el ataque esperó con este adorno.  
Pasada media hora, allí trageron  
al andaluz lloroso y derrengado,  
y al castellano hicieron  
ir a dar gusto al turco bien armado.  
Éste al momento en cuatro pies le pone,  
los calzones le baxa y se dispone  
a profanarle; le unta con aceyte,  
para obviar el camino del deleyte,

aque! globo cerdoso  
fondo en color de cardenillo oscuro,  
y, potente y rijoso,  
no quiere dilatar el choque impuro.  
Considere el lector, aunque yo callo,  
qué magnitud tendría  
lo que sacó, criado en un serrallo  
sin sugesión de bragas ni alcancía,  
y después se figure allá en su mente  
que esta mole indecente,  
enfilando la argolla en la trasera,  
quedó como ratón en ratonera.

Por sacarlo se agita,  
empuja, hace desguinces, y al fin grita  
para que en su trabajo  
no le guillotinasen por abaxo.  
El castellano, astuto, se endereza,  
tirando de la argolla con presteza  
por que no se la viesén  
los que en favor del turco allí viniesen;  
pero esto fué de un modo tan violento  
que le quitó el turbante al instrumento.  
Quedó por el dolor amortecido  
el turco en la estacada,  
y el castellano, habiendo conseguido

ver la Naturaleza así vengada,  
mientras al desgorrado socorrían  
los moros que acudían,  
a la prisión volvióse,  
en donde a poco tiempo divulgóse  
su valerosa hazaña.

Y el italiano preguntóle ansioso:

—*Ma dica; ¿che cucagna  
l'a salvato del caso periglioso?*—

Y el andaluz decía:

—¡Qué piñón tendrá uzte tan duro, hermano,  
quando pudo jazer tal jechuría!—

A lo que respondióle el castellano:

—Tengo para ese perro,  
no un piñón natural, sino de hierro.





## EL CONJURO

De un tremebundo lego acompañado,  
fué a exorcizar un padre jubilado  
a una joven hermosa y desgraciada  
que del Maligno estaba atormentada.

Empezó su conjuro  
y el Espíritu impuro,  
haciendo resistencia,  
agitaba a la joven con violencia  
obligándola a tales contorsiones,  
que la infeliz mostraba en ocasiones  
las partes de su cuerpo más secretas:  
ya descubría las redondas tetas  
de brillante blancura,  
ya, alzando la delgada vestidura,

manifestaba un bosque bien poblado  
de crespo vello en hebras mil rizado  
a cuyo centro daba colorido  
un breve ojal, de rosas guarnecido.  
El lego, que miraba tal belleza,  
sentía novedad grande en su pieza,  
y el frayle, que lo mismo recelaba,  
con los ojos cerrados conjuraba

hasta que al fin, cansado  
de haber a la doncella exorcizado  
dos horas vanamente,  
para que sosegase la paciente  
y él volviese con fuerzas a su empleo,  
al campo salió un rato de paseo,  
diciendo al lego hiciera compañía  
a la doncella en tanto que él volvía.

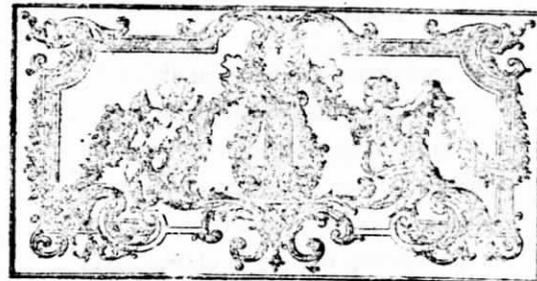
Fuése, pues, y el donado,  
de luxuria inflamado,  
apenas quedó solo con la hermosa  
quando, esgrimiendo su terrible cosa,  
sin temor de que estaba  
el Diablo en aquel cuerpo que atacaba,  
la tendió y por tres veces la introduxo  
de sus riñones el ardiente flujo.  
Mientras que así se holgaba el lego diestro,

a la casa volviendo su maestro,  
 vió que en la barandilla  
 de la escalera, puesto en la perilla,  
 estaba encaramado  
 el Diablo, confundido y asustado,  
 y díxole riendo;

—¡Hola, parece que saliste huyendo  
 del cuerpo en que te hallabas mal seguro,  
 por no sufrir dos veces mi conjuro!

Yo me alegro infinito;  
 mas, ¿qué esperas aquí? ¡Dílo, maldito!—  
 —Espero (dixo el diablo, sofocado)  
 que sepas que tú no me has espulsado  
 de esa pobre muger por conjurarme,  
 sino tu lego, que intentó amolarme  
 con su tercia de dura culebrina,  
 buscándome el ojete en su vagina,  
 y pensé: ¡Guarda, Pablo!  
 Propio es de lego motilón ladino  
 que no respete virgo femenino.  
 ¡Pero que dexé con el suyo al Diablo!

---



## EL LORO Y LA COTORRA

Tenía una doncella muy bonita,  
 llamada Mariquita,  
 un viejo consejero  
 que en ella por entero,  
 quando se alborotaba  
 su cansada persona, desaguaba  
 con tal circunspección y tal paciencia  
 como si a un pleyto diese la sentencia.  
 Era de este señor el escribiente  
 un mozueto entre frayles educado,  
 como ellos suelen ser, rabicaliente,  
 rollizo y bien armado,  
 que, quando el consejero fuera estaba,  
 a doña Mariquita consolaba.

Sucedió, pues, que un día  
la consoló en su cuarto, donde había  
en jaulas diferentes  
un loro camastrón, cuyo despejo  
todo lo comprendía por ser viejo,  
y una joven cotorra muy parlera,  
que la conversación de los sirvientes  
oyeron, la qual fué de esta manera:

—¿Te gusta, Mariquita?—

—Sí, mucho, mucho; estoy muy contentita.—

—¿Entra bien de este modo?—

—Sí, mi escribiente... ¡Métemelo todo!—

—Pues menéate más..., que estoy perdido.—

—Y yo... Que viene... ¡Ay, Dios...! ¡Que ya ha venido!—

Con efecto, llegaba el consegero  
en aquel mismo instante,  
y apenas su escribiente marrullero  
dexó regado el campo de su amante,  
quando, con la ganilla que traía,  
al mismo cuarto entró su señoría.

Quitóse en él la toga,  
dióse en la parte floxa un manoteo,  
y a la que su materia desahoga  
manifestó su lánguido deseo.

Ella, puesta debaxo

de un modo conveniente,  
se acordó en su trabajo  
del natural vigor del escribiente,  
y empezó a respingar con tal salero  
que por poco desmonta al consegero.  
Éste, viendo el peligro que corría,  
dixo: —Basta... ¿Qué hacéis, doña María?  
¡Guarde más ceremonia con mi taco,  
o por vida del rey que se lo saco!—

—De veros, el contento

(replicó la taymada)

me hace tener tan fuerte movimiento.

¡Perdón!—

—Sí (dixo el viejo); perdonada  
estás, si es que te alegra mi llegada.—

La cotorra, que aquello estaba oyendo,  
dixo entonces, sus alas sacudiendo:

—Lorito, contentita

está la Mariquita.—

A que respondió el loro prontamente:

—¡Si se lo metió todo el escribiente!



## EL VOTO DE LOS BENITOS

Un convento exemplar benedictino  
a grave aflicción vino  
porque en él se soltó con ciega furia  
el demonio tenaz de la luxuria,  
de modo que en tres pies continuamente  
estaba aquel rebaño penitente.

Al principio, callando con prudencia,  
hacia cada monge la esperiencia  
de sugetar con mortificaciones

las fuertes tentaciones.

No se omitió silicio,  
ayuno, penitencia ni ejercicio,  
mas fueron vanas medicinas tales;  
que, irritadas las partes genitales,

el demonio carnal más las apura,  
dando a más penitencia más tiesura.  
Supo el caso el abad, quien, aturdido  
del feroz priapismo referido;  
a capítulo un día

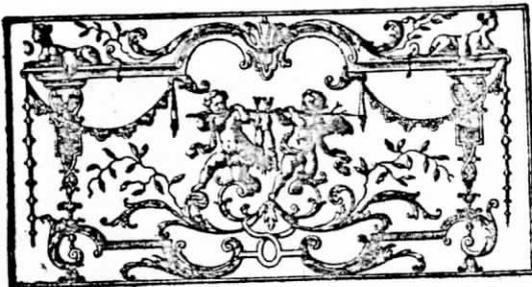
llamó a la bien armada fraylería  
y, después de entonado  
el himno acostumbrado,  
a cada qual, con humildad profunda,  
pidió su parecer, por que se hallase  
un medio que cortase  
en la comunidad tal baraúnda.

Los monges del convento  
poltronamente estaban en su asiento  
discutiendo los modos diferentes  
de alexar con remedios convenientes  
el bullidor tumulto  
que a cada frayle le abultaba el bulto.  
Viendo lo executado vanamente  
hasta el caso presente,  
los sapientes y místicos varones  
con santidad y ciencia propusieron  
diversas opiniones,  
pero en ninguna dieron  
que a propósito fuese

para que luego la erección cediese.  
 En esta confusión, con reverencia,  
 pidió el portero para hablar licencia.  
 El portero (no importa aquí su nombre)  
 era un legazo de tan gran renombre  
 que, después de rascarse aquéllo a solas,  
 hubo vez de jugar diez carambolas.  
 —Hable—clamó el abad. Y él, humillado,  
 dixo:— Dios sea loado,  
 que a mí, vil gusanillo, ha concedido  
 lo que a Sus Reverencias no ha querido.  
 Yo un tiempo tentaciones padecía,  
 mas, por fortuna mía,  
 hallé un remedio facil y gustoso  
 con que al cuerpo y al alma doy reposo.—  
 —¿Y cuál es?—preguntaron, admirados,  
 a una voz los benitos congregados.  
 —Padres (dixo el portero),  
 tengo una lavandera, cuyo esmero,  
 cuando a traerme viene  
 ropa con que me mude,  
 tanto cuydado tiene  
 de limpiarme de manchas exteriores  
 como de las materias interiores,  
 y a este fin de tal modo me sacude

que en toda la semana  
 no se alborota más mi tramontana.—  
 Luego que oyó el abad y el consistorio  
 el medio tan sencillo y tan notorio  
 de obviar las tentaciones,  
 decretaron los ínclitos varones  
 que un voto, de común consentimiento,  
 se añadiese en las reglas del convento,  
 por el qual no pudiera  
 frayle alguno vivir sin lavandera.  
 El abad, con presteza,  
 dexó al punto aquel voto establecido  
 y a los monges, alzando la cabeza,  
 dixo:— El Señor, hermanos, nos ha oído,  
 quando remedia así nuestras desgracias.  
 Cantemos, pues: *Agimus tibi gratias.*





### EL CABO DE VELA

Salió muy de mañana  
a oír misa en la iglesia más cercana  
una vieja ochentona  
de vista intercadente y voz temblona.  
A la del Hospital se dirigía  
porque junto vivía,  
llevando, por no haber amanecido,  
de una vela encendido  
el cabo en su linterna,  
cosa bien útil, aunque no moderna.  
Dexémosla que siga su camino  
y vamos a contar lo que el destino  
le tenía guardado. El día antes  
los mozos practicantes

del Hospital, cortaron con destreza,  
en la disecación, la enorme pieza  
de un soldado difunto  
y, para mantenerla en todo el punto  
de su hermoso tamaño,  
con un cañón de estaño  
la llenaron de viento;  
en seguida el pellejo al instrumento  
con un torzal ataron  
al corte, y como nuevo le dexaron.

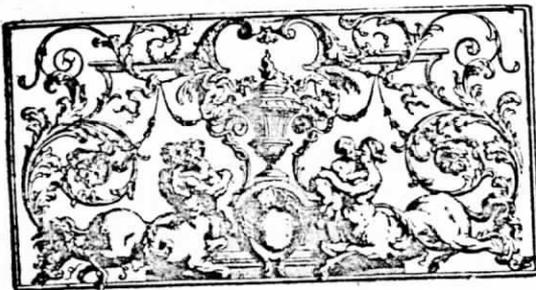
Jugaron luego al mingo  
con él, y cada qual daba un respingo  
quando se lo tiraban  
los unos a los otros que allí estaban,  
siendo de tal diablura  
objeto su grandísima tiesura.

Después que se cansaron,  
a la calle arrojaron  
de su fiesta el prolífico instrumento;  
y aquí vuelve mi cuento  
a buscar a la vieja, que con prisa  
por la calle pasó para ir a misa.  
No precisa el autor de aquesta historia  
si tropezó en la tiesa caniloría  
o en otra cosa; pero sí nos dice

que la vieja infelice,  
 por ir apresurada,  
 dió en la calle tan fuerte costalada  
 que se desolló el cutis de una pierna,  
 y, por el golpe rota la linterna,  
 perdió el cabo de vela y se vió a oscuras;  
 ¡causa un porrazo muchas desventuras!  
 La pobre, al fin, se levantó diciendo:  
 —¡Ah Satanás maldito, ya te entiendo:  
 mas no te bastarán tus tentaciones  
 para que pierda yo mis devociones! —  
 Entre tanto, tentaba  
 el empedrado, por si el cabo hallaba,  
 y tal fortuna tuvo  
 que, al poco tiempo que buscando anduvo,  
 dió con la erguida pieza del soldado,  
 y al cogerla exclamó: —¡Dios sea loado! —  
 Como no había allí dónde encenderla,  
 tuvo en la faltriquera que meterla  
 y, a la iglesia sus pasos dirigiendo,  
 llegó quando la puerta iban abriendo.  
 Oyó misa, y entró en la sacristía  
 para encender su cabo;  
 acercóle a una luz que en ella ardía,  
 pero el maldito nabo

dió con la llama tal chisporroteo  
 que apagó aquella vela.  
 La vieja, al ver frustrado su deseo,  
 al sacristán apela  
 para que le encendiese;  
 él le tomó, ignorando lo que fuese,  
 y le arrimó a la luz de otra bujía;  
 mas, como chispeaba y nunca ardía,  
 de la vela a la llama  
 le examina y esclama:  
 —¡Cuerpo de Cristo! ¡Qué feroz pepino!  
 Tómelo, hermana, usté, que tendrá tino  
 para saber lo que con él se hace,  
 que yo no enciendo velas de esta clase. —  
 Atónita la vieja, entonces mira  
 con atención al cabo, y más se admira  
 que el sacristán, diciendo:  
 —En cincuenta y tres años que siguiendo  
 estuve la carrera  
 de moza de portal y de tercera,  
 no ví un cirio tan tieso y tan soplado.  
 ¡Quién en sus tiempos se lo hubiera hallado!

---



## EL CIEGO EN EL SERMÓN

*Quam pulchræ sunt et amæ tuæ, soror mea, sponsa.*

Predicaba un gilto en su convento  
y, para comenzar, buscó al intento,  
de la Escritura Santa en los lugares,  
el texto que aquí va de los Cantares  
en latín anotado,

y repitió en romance, acalorado:

—*¡Qué hermosas son tus tetas, oh mi hermana,  
oh mi esposa! ¡Mejor hueles que el vino!*

Así hablaba a su amante soberana  
Salomón, lleno del amor divino.—

Luego que espuso el amoroso texto,  
escondió bajo el hábito las manos  
y siguió su sermón diciendo: —Hermanos,

¿hasta qué extremo habrá de llegar esto?—

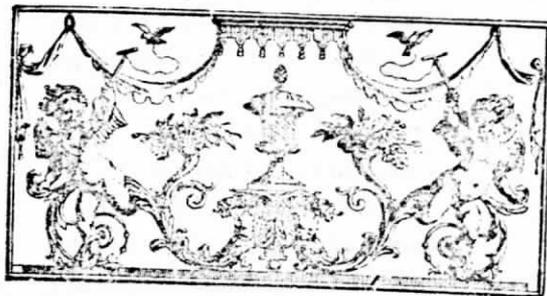
Un lego que, calada la capilla,  
del púlpito en la angosta escalerilla  
sentado, al reverendo acompañaba  
y el sermón escuchaba,  
díxole en tono baxo:

—No se tenga las manos ahí debaxo,  
padre; sáquelas fuera prontamente,  
porque quizás sospechará la gente  
al ver su acción y oyendo cómo empieza,  
hasta qué extremo ha de llegar la pieza.—

Oyólo el frayle y luego  
las manos saca y sigue predicando;  
pero, entre tanto, el lego  
(o porque, el verde texto recordando,  
sintió el vicio en sus partes exaltarse,  
o porque no quería ocioso estarse  
mientras se predicaba)  
pensó lo mismo hacer que sospechaba  
al principio del frayle reverendo,  
con su negocio el tiempo entreteniendo.  
A este fin, colocado en la escalera,  
puso el hábito en hueco bien afuera,  
las manos ocultando;  
y, su cumplido miembro enarbolando,

empezó su recreo;  
 mas, porque no pudiese algún meneo,  
 de un modo involuntario,  
 su fuego descubrir extraordinario,  
 siempre que se encogía o empujaba  
 o algún suspiro el gusto le arrancaba,  
 ponía su semblante compungido  
 diciendo: —¡Ay, Dios, y cómo te he ofendido!—  
 Al tiempo que la empresa concluía,  
 el glutinoso humor que despedía,  
 ardiente como fuego,  
 en los ojos cayó de un pobre ciego  
 que escuchaba el sermón allí debaxo  
 y exclamó: —¡Jesucristo, y qué gargaxo  
 me han echado, que pega cual jalea!  
 ¿No ven que estoy aquí? ¡Maldito sea  
 y ciego como yo quede del todo  
 quien sin mirar escupe de ese modo!

---



## LAS LAVATIVAS

Cierta joven soltera  
 de quien un oficial era el amante  
 pensaba a cada instante  
 cómo con su galán dormir pudiera,  
 porque una vieja tía  
 gozar de sus amores la impedía.  
 Discurrió al fin meter al penitente  
 en su casa, y, fingiendo que la daba  
 un cólico bilioso de repente,  
 hizo a la vieja, que cegata estaba,  
 que un colchón separase  
 y en diferente cama se acostase.  
 Ella en la suya, en tanto,  
 tuvo con su oficial lindo recreo,

dándole al dengue tanto  
que a media voz, en dulce regodeo,  
suspiraba y decía:

—¡Ay...! ¡Ay...! ¡Quánto me aprieta esta agonía!—

La vieja cuydadosa,  
que no estaba durmiendo,  
los suspiros oyendo,

a su sobrina dixo cariñosa:

—Si tienes convulsiones afflictivas,  
niña, yo te echaré unas lavativas.—

—No, tía (ella responde), que me asustan.—

—Pues si son un remedio soberano...—

—¿Y qué, si no me gustan?—

—Con todo, te he de echar dos por mi mano.—

Dixo, y en un momento levantada,  
fué a cargar y a traer la arma vedada.

La mozuela, que estaba embebecida

quando llegó este apuro,  
gozando una fortísima embestida,  
pensó un medio seguro

para que la función no se dexase  
ni a su galán la tía allí encontrase;

montó en él ensartada,  
tapándole su cuerpo y puesta en popa,  
mientras la tía, de geringa armada,

llegó a la cama, levantó la ropa  
por un ladito y, como mejor pudo,  
enfiló el ojo del rollizo escudo.

En tanto que empujaba  
el caldo con cuydado,

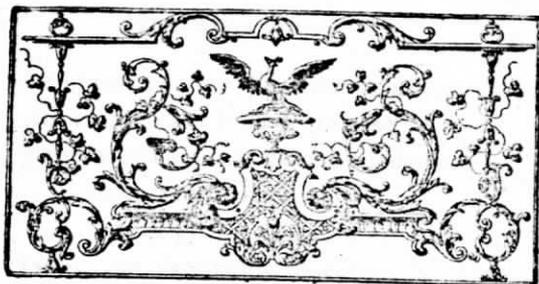
la sobrina gozosa respingaba  
sobre el cañón de su galán armado,  
y la vieja, notando el movimiento,  
la dixo:—¿Ves como te dan contento  
las lavativas, y que no te asustan?

¡Apuesto a que te gustan!—

A lo qual la sobrina respondió:

—¡Ay!, por un lado sí, por otro no.





## LA FUERZA DEL VIENTO

En una humilde aldea el Jueves Santo  
la pasión predicaban y, entre tanto,  
los payos del lugar que la escuchaban  
a lo vivo la acción representaban  
imitando los varios personajes  
en la figura, el gesto y los ropages.

Para el papel sagrado  
de nuestro Redentor crucificado  
eligieron un mozo bien fornido  
que, en la cruz estendido  
con una tunicuita en la cintura,  
mostraba en lo restante su figura,  
a los tiernos oyentes, en pelota,  
para excitar su compasión devota.

La parte de María Magdalena  
se le encargó a una moza ojimorena,  
de cumplida estatura  
y rolliza blanca,  
a quien Naturaleza en la peñera  
puso una bien provista cartuchera.  
Llegó el predicador a los momentos  
en que hacía mención de los tormentos  
que Cristo padeció quando espiraba  
y su muerte los orbes trastornaba.

Refirió, entusiasmado,  
que con morir aniquiló el pecado  
original, haciendo a la serpiente  
tragarse a su despecho, aunque reviente,  
la maldita manzana  
que hizo a todos purgar sin tener gana.  
Esto dixo de aquello que se cuenta,  
y después su fervor aun más aumenta  
contando los dolores  
de la Madre feliz de pecadores,  
del Discípulo amado,  
y, en fin, del sentimiento desgarrado  
de la fiel Magdalena,  
la que, entre tanto, por la iglesia, llena  
de inmenso pueblo, con mortal congoja

los brazos tiende y a la cruz se arroja.  
Allí empezó sus galas a quitarse  
y en cogollo no más vino a quedarse,  
con túnica morada  
por el pecho escotada  
tanto, que claramente descubría  
la preciosa y nevada tetería.

Mientras esto pasaba,  
el buen predicador siempre miraba  
al Cristo, y observó que por delante  
se le iba levantando a cada instante  
la tuniquilla en pabellón viviente,  
haciendo un borujón muy indecente.

Queriendo remediarlo  
por si el pueblo llegaba a repararlo,  
alzó la voz con brío  
y dixo:—Hermanos, el vigor impío  
de los fieros hebreos se aumentaba  
al paso que la tierra vacilaba  
haciendo sentimiento,  
y la fuerza del viento  
era tal, que al Señor descomponía  
lo que sus partes púdicas cubría.—  
Apenas oyó Cristo este espediente  
quando, resucitando de repente,

dixo al predicador muy enfadado:  
—Padre, el juicio sin duda le ha faltado.  
¿Qué viento corre aquí? ¡Qué berengena!  
¿Las tetas no está viendo a Magdalena?  
Hágala que se tape,  
si no quiere que el Cristo se destape  
y eche al ayre el gobierno  
con que le enriqueció su Padre Eterno.





## LA POSTEMA

Érase en una aldea  
un médico ramplón, y a más casado  
con una muger joven y no fea,  
la que había estudiado  
entre los aforismos de su esposo  
uno u otro remedio prodigioso  
que, si él ausente estaba,  
a los enfermos pobres recetaba.  
Su caridad ejercitando un día  
la señora Quiteria (este es su nombre),  
vió que a su puerta había  
un zagalón, ya hombre,  
que a su esposo buscaba  
porque alguna dolencia le aquejaba.

Parecía pastor en el vestido,  
y a Febo en la belleza y la blancura,  
mostrando en su estatura  
la proporción de un Hércules fornido,  
tanto, que la esculapia, alborotada,  
cayó en la tentación. ¡No somos nada!

Hizo entrar al pobrete,  
ya con mal pensamiento, en su retrete,  
en donde le rogó que la explicase  
la grave enfermedad que padecía,  
porque sin su marido ella podía  
un remedio aplicar que le curase.  
—¡Ay, señora Quiteria! (el zagal dixo).

Yo por lo que me aflixo  
es por no hallar remedio suficiente  
para el mal que padezco impertinente.  
Sepa usted, pues, que así que me empezaron  
las barbas a salir y me afeytaron,  
también me salió vello  
alrededor de aquéllo,  
y cátrate que, a poco, tan hinchado  
se me puso que... ¡vaya!  
no podía jamás tenerlo a raya.  
Yo, hallándome apurado  
y de ver su tiesura temeroso,

pensé y vine a enseñárselo a su esposo,  
 el qual me lo bañó con agua fría,  
 con que se me afloxó por aquel día;  
 pero después a cada instante ha vuelto

el humor a estar suelto  
 y es la hinchazón tremenda.—

Dixo, y sacó un... San Cosme nos defienda,  
 tan feroz, que la médica al mirarlo  
 tuvo su cierto miedo de afloxarlo;  
 pero venció el deseo

de gozar el rarísimo recreo  
 que un virgo masculino la promete  
 quando la vez primera empuja y mete.

A este fin, cariñosa,  
 dixo al simple zagal:—¡Ay, pobrecito,  
 una postema tienes! Ven, hijito,  
 ven conmigo a la cama; haré una cosa  
 con que, a fe de Quiteria,  
 se te reviente y salga la materia.—

El pastor inocente  
 a la cura se apresta  
 y ella, regocijada de la fiesta,  
 le dió un baño caliente,  
 metiendo aquello hinchado  
 en el... ya usted me entiende acostumbrado,

con una habilidad tan estremada  
 y tales contorsiones,  
 que dexó la postema reventada  
 con dos o tres o más supuraciones.  
 Fuése el zagal, y, a poco, volvió un día

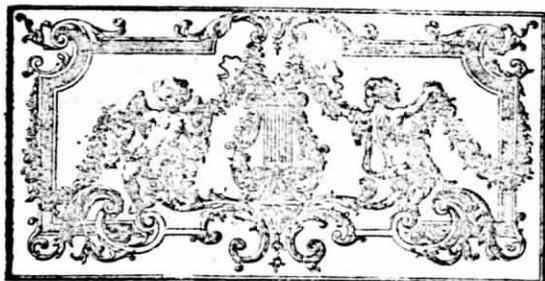
a la casa del médico, que estaba  
 sentado en su portal cuando llegaba;  
 y, viéndole venir, con ironía  
 díxole:—¡Hola! Parece, por tu gesto,

que se te ha vuelto a hinchar... Pues entra presto;  
 te daré el baño de aguas minerales  
 que suaviza las partes naturales.—

A que el pastor responde:—¡Guarda, Pablo!  
 Para postemas, que reciba el diablo  
 ese baño que aplasta y que no estruja.

¡Toma! Cuando arrempuja  
 la señora Quiteria,  
 me la revienta y saca la materia.





## LA RELIQUIA

Un confesor gilito  
en opinión de santidad estaba,  
por lo que despachaba  
de penitentes número infinito.  
Además, este padre reverendo  
llevaba en un remiendo  
de su negra pretina  
cosida una reliquia peregrina  
con muchas indulgencias  
que evitaban penosas penitencias  
siempre que con dos dedos la tocaba  
al tiempo de absolver al confesado,  
y así todo pecado  
con esta ceremonia perdonaba.

De clases diferentes  
el número creció de penitentes,  
sabiendo la excelencia  
de la nueva indulgencia  
que este varón profundo  
igualmente aplicaba a todo el mundo.

Una moza morena  
llegó a sus plantas, de pecados llena,  
con ojos tentadores, talle listo,  
y unas tetas que hicieran caer a Cristo;  
pues, conforme a la moda,  
ya en taparlas ninguna se incomoda.

Empezó a confesarse  
y, así que llegó al sexto mandamiento,  
de torpes poluciones a acusarse  
con tanta contrición, que el movimiento  
de su blanca pechera  
simpatizó del fraile el instrumento,  
como era natural, de tal manera  
que le causó cuidado  
sentírselo de pronto tan hinchado.

La iglesia estaba oscura,  
la gente no era mucha y, temeroso  
de más descompostura,  
el bendito varón acudió ansioso

al corriente remedio  
de empuñar con recato por en medio  
el miembro rebelado;  
y esto fué tan a tiempo executado,  
que hizo un *memento homo*  
pasándole la mano por el lomo.

La moza acabó en tanto  
su confesión, y dixo al varón santo:

—Écheme, padre mío,  
la sacra absolución en que confío,  
y aplíqueme, le ruego, la indulgencia  
que su reliquia tiene,  
pues la virtud que en ella se contiene  
puede escusar más grave penitencia.—

Oyendo estas razones,  
de su meditación medio aturdidó,  
el frayle volvió en sí dando un ronquido;

sacó de sus calzones,  
para absolver, la mano humedecida;  
tocóla en la reliquia consabida  
y, en vez de bendición, echó rijoso  
a la moza un asperges muy copioso.

—¡Jesús! (ella exclamó). ¿Para qué es esto  
que me ha echado en la cara?  
Sintiera que pegado se quedara,

pues parece de gomas un compuesto.—  
A que respondió el frayle:—Eso, sin duda,  
es, ¡ay!, que ha cometido un gran pecado,  
hermana, y perdonárselo ha costado  
tanto, que a mares la reliquia suda.





### EL AJUSTE DOBLE

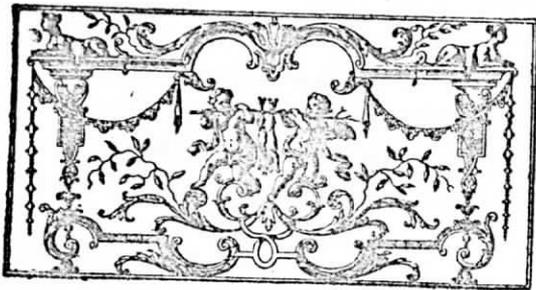
A casa de una moza un estudiante  
llegó, pobre y tunante,  
y por poco dinero  
le pidió algún carnal desaguadero.  
—No puedo socorrerle en ese apuro  
(ella le dixo) sin que pague un duro;  
no lo hago más barato  
porque anda malo el tiempo y malo el trato.—  
Llevaba el estudiante únicamente  
el duro que la moza le pedía,  
mas no le convenía  
gastarle en un desagüe solamente,  
y así la respondió:— Por el dinero  
no habrá dificultad; pero primero

haga la diligencia  
menor en su orinal a mi presencia;  
que yo, viendo su líquida corriente,  
conozco si el rincón está doliente.—  
—En eso no hay reparo—  
la moza replicó; luego, la hizo,  
y el estudiante avaro  
con esto su deseo satisfizo,  
porque, una tercia y algo más sacando  
y el orinal alzando,  
empuñó la qualquiera,  
diciendo en su función pasamanera:  
—Con caldo se contentan mis culadas,  
porque valen muy caro las tajadas.—  
La moza, de la treta arrepentida,  
le dixo:— No prosiga, por su vida,  
que yo no tengo el corazón tan duro  
y se lo empuñaré por medio duro.  
Al punto el estudiante, alborozado,  
el partido aceptó, y en el estrado  
junto a ella se coloca,  
a su arbitrio dexando la bicoca.  
La moza, con despejo,  
ya le afloxa o aprieta,  
ya le pliega el pellejo,

y en sus pasavolantes  
 también dió en trastear con los colgantes.  
 En tanto que él se holgaba,  
 ella atenta observaba  
 el crítico momento  
 de la espulsión; y a cierto movimiento  
 que hizo el pobre estudiante indicativo,  
 tapando el agujero espeditivo  
 le dixo:— Señor guapo,  
 si no me dais un duro, no destapo.—  
 Él, viéndose burlado en tal aprieto,  
 la dixo:— Te lo doy si te lo meto,  
 pues el ajuste doble que propones  
 no es justo si debaxo no te pones.—  
 La moza, que lo mismo deseaba  
 para probar la pieza que empuñaba,  
 se convino al instante  
 a la proposición del estudiante,  
 y quitóse la ropa  
 en una santiguada,  
 y, cogiendo la paga deseada,  
 tendióse y la metió bajo su popa,  
 y se prestó después al regodeo  
 de su carnal deseo;  
 y en tanto que retoza

y en undulantes giros se alborozaba,  
 el estudiante, que acabó primero,  
 cogió con disimulo su dinero;  
 mas, quando iba a marcharse,  
 le echó menos la moza al levantarse  
 y le dixo:— Detente,  
 porque se me ha perdido  
 el duro que me diste;  
 ayúdame a buscarle.—  
 A que él repuso:— En tí podrás hallarle,  
 pues como con tal furia te moviste,  
 si baxo de las nalgas le has metido,  
 le encontrarás en ellas derretido.





## LA RECETA

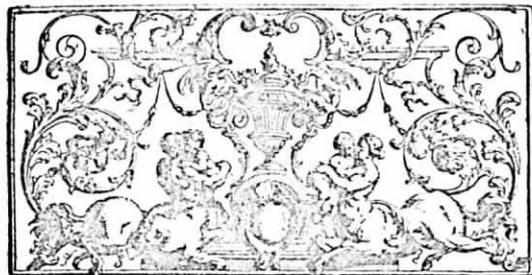
De histérico una monja padecía  
y ningún mes contaba  
las calendas purpúreas que aguardaba.  
Al convento asistía  
un médico arriscado  
que por su ciencia conoció el estado  
de la joven paciente  
y cuál era el remedio conveniente,  
y con oculta treta,  
en papel reservado  
entrególo a la sor como receta  
cuyo espedito y breve contenido  
de esta manera estaba concebido:  
«Contra ese flato histérico receto

»un fregado completo  
»en aquellos canales  
»que los censos espelen mensuales.  
»Yo, para esta faena,  
»una tiente de carne tengo buena,  
»con que ofrezco curarla  
»y la matriz al par deshollinarla».  
Esto leyó la monja y, afanosa  
de cobrar su salud, pensó una cosa  
con que deshollinada  
quedase con la tiente deseada;  
para ello, de repente,  
con más fuerza el histérico accidente  
fingió, de tal manera  
que mandó la abadesa se tragara  
el médico al momento,  
y, sin desconfianza, en el convento  
le pidió que quedase  
en tanto que la monja peligrase.  
Llegó la media noche y las campanas  
a maytines tocaron;  
las piadosas hermanas  
de sus celdas al coro se marcharon,  
quedando con la enferma una novicia  
de bastante malicia,

y el médico, ajustándose su cuenta  
de cómo engañaría a la asistenta.  
Ésta, que recelaba el torpe empeño,  
fingió ceder al sueño  
y vió que el esculapio prontamente  
montaba a la paciente  
y que ella culeaba  
mientras él la estrujaba  
tanto, que la pobreta  
tragaba suspirando la receta.  
La novicia, por no llevar el gorro,  
gritó: —¡Hermanas, socorro!  
¡Acudan, que este médico maldito  
a nuestra hermana pincha el conejito!—  
Por pronto que a esta voz saltó del lecho  
el agresor sin consumir el hecho,  
las monjas, que volaron  
a la celda, llegando a tiempo, vieron  
lo que nunca tuvieron  
y siempre desearon;  
hallaron a la enferma destapada;  
vieron, ¡ay!, enristrada  
la tiente valerosa  
del médico en el ayre y que, furiosa  
porque su ocupación se le impedía,

con todas juntas embestir quería.  
A tal vista, una clama: —¡Es un impío!—  
Otra dice: —¡Qué escándalo, Dios mío!—  
Otra, con mayor celo, repetía  
que sobre sí el delito tomaría  
para evitar que luego  
llegue sobre el convento a llover fuego.  
En tanto que gritaban, la abadesa  
llegó dándose priesa,  
en brazos de dos monjas apoyada,  
con el peso encorvada  
de ochenta y cinco años,  
que le habían causado, entre otros daños,  
almorranas, ceguera,  
algo de perlesía y de sordera,  
y una pronunciación intercadente  
por hallarse su boca sin un diente.  
Ésta, pues, enterada de la culpa,  
vió que la delincuente se disculpa  
mostrando la receta,  
y adivinó que el médico operaba  
con la tiente que en ella insinuaba.  
La abadesa, discreta,  
de la verdad queriendo cerciorarse,  
en su nariz montó los anteojos

que eran auxiliares de sus ojos;  
 mandó luego acercarse  
 al galeno, que estaba bien armado  
 por no haber la receta consumado,  
 y, alzándole de prisa  
 el cumplido faldón de la camisa,  
 exclamó con presteza:  
 —¡Bendígase Dios! ¡Soberbia pieza!  
 La de mi confesor, que pincha y raja  
 con dos palmos del vello a la cabeza,  
 es un meñique al lado de esta alhaja.



### LA POCA RELIGIÓN

En la Puerta del Sol, según costumbre,  
 haciendo el corro andaba  
 por la noche una moza  
 que, aunque ya poca lumbre  
 este oficio la daba,  
 siempre la que lo egerce en él se goza.  
 Al dar una virada,  
 se halló de cierto quidam abordada,  
 que, pidiendo matute,  
 acompañarla quiso complaciente;  
 y ella, sin que en la paga le dispute,  
 a su casa conduxo al pretendiente.  
 Los muebles que tenía por adorno  
 eran un lecho grande y elevado,  
 sillas en su contorno  
 y una mesa, la qual el convidado,

porque cenar quería,  
hizo cubrir de bodrios de hostería.

Los dos solos cenaron,  
y a pasar se dispuso  
toda la noche allí, según el uso,  
el pagano; mas luego que llegaron  
al momento festivo de acostarse,  
vieron un hombre por la alcoba entrarse,  
que, sacando un colchón del alto lecho,  
lo echó al suelo y tendióse satisfecho.

Al verle el convidado,  
a la moza le dixo, algo aturdido:  
—¿Quién es este señor recién venido?—  
Y ella le respondió:— Dexa el cuydado,  
porque ese es mi marido  
que viene a recogerse  
y en nuestra diversión no ha de meterse.—  
—Con todo, yo me voy (él la replica),  
que no quiero que turbe mi descanso.—

—No hagas tal, que es muy manso  
(ella le dice) y esto no le pica;  
que ya en él es costumbre  
vivir de su profunda mansedumbre.

Apaga la luz pronto,  
y acostémonos ya; no seas tonto.—

El hombre obedeció, y entró en la cama;  
pero, apenas la luz hubo apagado,  
quando el marido esclama:

—¡Hay tal bellaquería!

¡Echarse de esa suerte, sin decoro!  
¡Vaya, que semejante picardía  
no pienso que se hiciese ni en el Moro!—

—¿Lo ves? (dixo a la moza el convidado).

¡Si esto era demasiado  
para que lo sufriera!—

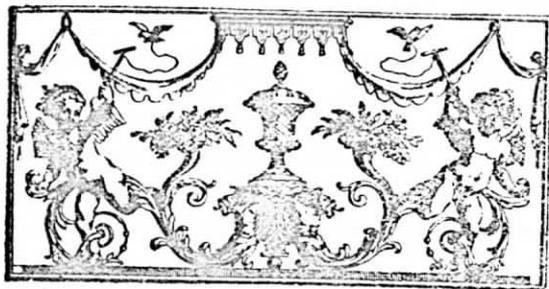
—¡Toma! Pues... si lo sufre de qualquiera...  
yo no sé (repetía la señora)  
por qué el bellaco se alborota ahora.—

Mas el pagano resolvió, no obstante,  
marcharse, y al paciente  
le demandó perdón humildemente;  
a lo qual respondióle el buen marido:

—Hombre, no se levante,  
que a mí no me ha ofendido

porque con mi muger dormir pretende:  
sólo la poca religión me ofende  
con que, habiendo apagado  
la luz, en un momento

no diga: *Sea bendito y alabado*  
*e! Santo Sacramento.*



### AL MAESTRO, CUCHILLADA

Allá en tiempos pasados  
salieron desterrados  
de la Grecia los dioses inmortales.  
Un asilo buscaban,  
quando en nuestro hemisferio se fundaban  
diversas religiones monacales,  
y entre ellas, por gozar la *vita bona*,  
se refugió el dios Príapo en persona.  
De tal deydad potente el atributo  
con que hace cunda el genitario fruto,  
es que todo varón que esté a su vista  
siempre tenga la porra tiesa y lista.  
Conque de esta escelencia  
sintiendo la influencia,  
en todos los conventos donde estaba  
el vigor de los frayles se aumentaba

de modo que las tapias eran pocas  
para tener a raya sus bicocas.  
Furibundos salieron y atacaron  
a roso y a veloso;  
pero, aunque más metieron y sacaron,  
el efecto rijoso  
no por eso cedía,  
y cada miembro un roble parecía.  
El dios Príapo al momento  
vió que este monacal levantamiento  
sus fuerzas desayraba,  
pues más que él cualquier frayle trabajaba,  
y por miedo a los rudos empujones  
de tales campeones,  
abandonarlos luego  
pensó, tomando las de Villadiego.  
Fuése, por no pasar el tiempo en vano,  
a un convento de monjas de hortelano;  
pero quando las madres recogidas  
sintieron del tal dios las embestidas,  
crecieron sus deseos  
a par de los continuos regodeos,  
tanto que al huésped molestando andaban  
y a puto el postre daban y tomaban.  
Entre ellas el potente fornicario

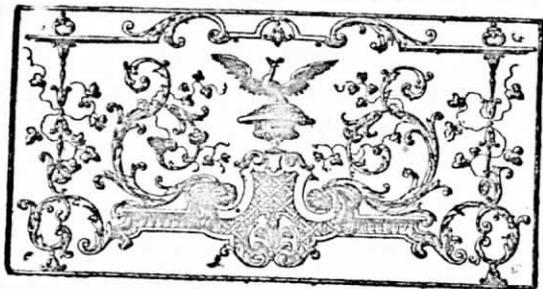
todavía estuviera  
 si un caso extraordinario  
 por su influxo viril no sucediera;  
 y fué que, como siempre en los conventos  
 hay algunos jumentos,  
 en éste dos las monjas mantenían  
 que los trabaxos de la huerta hacían;  
 ytem más, un berraco había en ella,  
 de gordura hecho pella,  
 y un choto ya mancebo  
 que para procrear tenía cebo;  
 por desdicha, los pobres animales  
 sintieron los impulsos naturales  
 del dios que los cuydaba,  
 y al tiempo que en la huerta paseaba  
 la femenil comunidad en tropa,  
 oliendo que eran hembras en la ropa,  
 el cerdo con gruñidos,  
 el choto con balidos,  
 y los asnos a duo rebuznando  
 y sus virotos a lucir sacando,  
 tras de las monjas daban  
 y, aunque corriesen, bien las alcanzaban;  
 pero como enfiarlas no podían,  
 en el suelo caían,

donde de polvo, esperma y otras cosas  
 las dexaban molidas y asquerosas.  
 Entonces protección al hortelano  
 pedían, pero en vano,  
 porque a los animales su presencia  
 aumentaba la gana y la potencia.  
 Así que esto las madres conocieron,  
 por el Maligno a Príapo tuvieron,  
 que, después de gozarlas,  
 enviaba el Señor a castigarlas;  
 conque, dando al olvido  
 los méritos del dios antecedentes,  
 después de que le hubieron despedido,  
 quisieron, penitentes,  
 de su buen confesor aconsejadas,  
 sólo por éste ser refociladas.  
 Príapo, despachado,  
 se marchó a la mansión de un purpurado  
 de geniazo severo,  
 donde entrar pretendió de limosnero.  
 El señor cardenal, con mil dolencias  
 se hallaba, de sus obras consecuencias,  
 con tres partes de un siglo envejecido  
 y en la cama impedido,  
 quando sus pages en la alcoba entraron

y al pretendiente dios le presentaron.

Ya había en ellos hecho  
la presencia del huésped buen provecho  
inflamando sus floxas zanahorias  
de suerte que, tornando a la antesala,  
las empuñaron con primor y gala  
y se hicieron sus cien dedicatorias.  
En tanto, el cardenal, que estaba a solas  
con Priapo, sintió que se estiraba  
el cutis arrugado de sus bolas  
y que se le inflamaba  
tanto su debil pieza,  
que enderezó la prepucial cabeza.  
Hallóse, finalmente, como nuevo  
y, echándole al mancebo  
una ardiente ojeada,  
saltó del lecho, la camisa alzada,  
cerró la puerta y atacó furioso  
a Priapo a traición, que, valeroso,  
vió que era, en tal apuro,  
descubrirse el remedio más seguro.  
Con efecto, impaciente  
se desataca y muestra de repente  
al cardenal impío  
por miembro un mastelero de navío.

Quedóse estupefacto el purpurado  
porque, a su vista, el suyo viejo y feo  
era lo mismo que poner al lado  
del Coloso de Rodas un pigmeo;  
y mucho más, oyendo que decía  
el dios:—¡Habrá mayor bellaquería!  
Sacrilega Eminencia,  
Eminencia endiablada,  
¿quieres dar al maestro cuchillada?  
Sepas que es mi presencia  
la que tu miembro entona,  
porque soy el dios Priapo en persona:  
las cópulas protejo naturales,  
pero no los ataques sensuales  
de puerca sodomía;  
y, pues gozar ojete es tu manía,  
quédese el tuyo viejo,  
que en sempiterna languidez lo dexo.—  
—¡No, por la diosa Venus! (humillado  
esclamó el cardenal). ¡A tí, postrado,  
dios de fornicación, perdón te pido!  
Mis sucias mañas echaré en olvido;  
pues, más que en floxedad tan indecente,  
quiero tenerlo tieso eternamente.



## EL CUERVO

En un carro manchego  
caminaba una moza inocentona  
de gallarda persona  
propia para inspirar lascivo fuego.  
El mayoral del carro era Farruco,  
de Galicia fornido mameluco,  
al que, en qualquier atasco, daba asombro  
verle sacar mulas y carro al hombro.  
Un colchón a la moza daba asiento,  
por que el mal movimiento  
del carro algún chichón no la levante.  
(Lector, es importante  
referir y tener en la memoria  
la menor circunstancia,

para que, por olvido o ignorancia,  
la verdad no se olvide de esta historia.)

Yendo así caminando,  
vieron un cuervo grande que, volando,  
a veces en el ayre se cernía  
y otras el vuelo al carro dirigía.

—¡Jesús, qué paxarraco tan feote!  
(dixo la moza). ¿Y ese animalote

qué nombre es el que tiene?—

—Ese es un cuervo (respondió el arriero);  
embiste a las mugeres y es tan fiero  
que las pica los ojos, se los saca,  
y después de su carne bien se atraca. —

Oyendo esto la moza y reparando  
que el cuervo se acercaba  
al carro donde estaba,

tendióse en el colchón y, remangando  
las faldas presurosa,

cara y cabeza se tapó medrosa,  
descubriendo con este desatino

el bosque y el arroyo femenino.

Al mirarlos Farruco, alborotóse;

subió sobre el colchón, desatacóse,

sacó... ¡poder de Dios, qué grande que era...!

y a la moza a empujones

enfiló de manera  
 que del carro los fuertes enviones,  
 en vez de impedimento,  
 daban a su timón más movimiento.  
 Y en tanto que él saciaba su apetito,  
 ella decía: —¡Sí, cuervo maldito;  
 pica, pica a tu antojo,  
 que por ahí no me sacas ningún ojo!



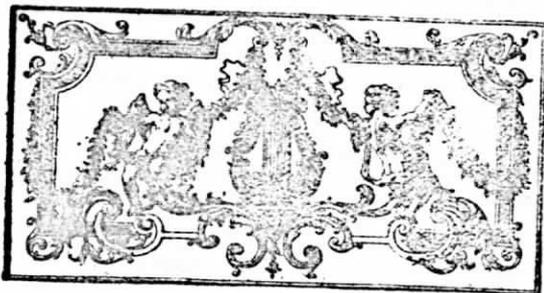
### LA SENTENCIA JUSTA

A cierta moza un húsar, y no es cuento,  
 porque le socorriese en sus apuros  
 del carnal movimiento,  
 la prometió ocho duros  
 y después sólo cuatro la dió en paga.  
 La moza, descontenta  
 con esta trabacuenta,  
 para que por justicia se le haga  
 afloxar lo restante,  
 fué a querellarse de él al comandante.  
 Era éste un hombre adusto,  
 pero en sus procederes siempre justo,  
 y antes de oír a la moza querellante  
 quiso que el húsar fuese allí al instante.

Presentóse, en efecto, el demandado  
y, siendo preguntado  
por su jefe de dónde provenía  
la deuda que tenía  
con aquella señora,  
el húsar respondió: —Diga ella ahora,  
si lo tuviese a bien, de qué dimana  
una deuda que puede ser liviana.—  
—No tengo impedimento  
(la moza dixo entonces). Sabrá usía  
que yo alquilé al señor un aposento  
que vació tenía  
para que en él metiese ciertos trastos  
que dixo le causaban muchos gastos;  
me ofreció media onza por la renta  
y ahora con la mitad pagarme intenta.—  
Calló, y el húsar luego  
empezó su defensa con sosiego  
diciendo: —Aunque es verdad que ese fué el trato,  
me salía más caro que barato,  
porque yo solamente  
pude meter un trasto estrechamente  
en el zaquizamí que me alquilaron;  
conque si dí por esto  
la mitad de la renta, fué bastante,

y no creo que el resto  
me obligue ahora a pagar mi comandante.—  
A que la querellante, sofocada,  
replicó: —Esa escepción no vale nada,  
pues si tuvo el señor por oportuno  
de sus trastos dexar alguno fuera,  
no se quedó ninguno  
por no tener en donde lo metiera;  
que yo desocupada  
otra pieza inmediata le tenía,  
que, aunque es un poco oscura y jaspeada,  
para los que sobraban bien servía.—  
No dixo más, ni el húsar dió respuesta  
que su defensa hiciese manifiesta;  
por lo que el comandante  
esta sentencia pronunció al instante:  
—Vaya usted, señor húsar, y en la pieza  
que la señora dice, con presteza,  
meta todos sus trastos por entero  
y páguela completo su dinero.

---



## EL RAYGÓN

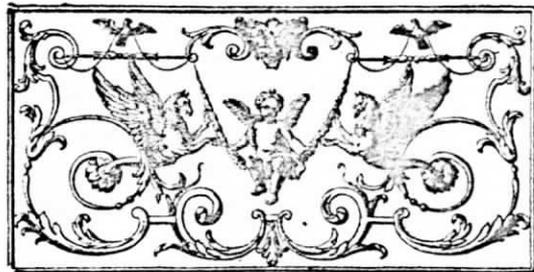
Mientras ausente estaba  
un pobre labrador de su alquería,  
su muger padecía  
dolor de muelas; esto lo causaba  
un raygón que, metido  
en la encía, tenía carcomido.  
En el lugar hacía de barbero  
un mancebo maulero  
a quien ella quería,  
por lo qual mandó a un chico que tenía  
le buscase y dixese  
que a sacarla un raygón luego viniese.  
El rapabarbas, como no era payo,  
vino con el recado como un rayo,

y para hacer la cura  
se encerró con la moza. ¡Qué diablura!  
A veces son los niños de importancia  
para que en la ignorancia  
no se queden mil cosas  
picantes y graciosas;  
digo esto porque nunca se sabría  
lo que el barbero con la moza hacía  
a no ser por el chico marrullero,  
que curioso atisbó en el agujero  
de la llave la diestra sacadura  
del raygón. Repitamos: ¡qué diablura!  
La operación quirúrgica acabóse  
y el barbero marchóse  
dejando a la paciente mejorada,  
mas del tirón bastante estropeada,  
mientras el chico, alerta,  
a su padre esperó puesto a la puerta.  
Éste, a comer viniendo presuroso,  
preguntóle al muchacho cuydadoso:  
—¿Está mejor tu madre?—  
Y el chico dixo:—Ya está buena, padre;  
porque a poco que vino  
el barbero a curarla,  
quiso el raygón sacarla,

y se encerraron para... ya usted sabe;  
 bien que yo por el ojo de la llave  
     pude con disimulo  
     ver que no sacó muela,  
 sino que estuvo... amuela que te amuela,  
 dale... y la sacó al fin de junto al culo  
 un raygón... de una terciá, goteando,  
     con sus bolas colgando;  
     y al mirarlo, en voz alta  
 dixo mi madre: «¡Ay, cómo me hace falta!».—  
     En todas ocasiones,  
 al buen entendedor, pocas razones;  
     dígolo porque luego  
 que éstas oyó el buen hombre, echando fuego  
     por los ojos, a su hijo:  
     —Ve corriendo (le dixo);  
 dí al barbero que en nada se detenga  
 y a sacarme un raygón al punto venga,  
 que yo entre tanto prevendré una estaca;  
 veremos si se lleva lo que saca  
     ese bribón malvado  
 cuando hace falta lo que se ha llevado.—  
     Partió a carrera abierta  
 el chico, y con la tranca de la puerta  
     el padre prevenido,

a quien le había así favorecido  
     con intención dañosa  
 esperó, sin decir nada a su esposa.  
     Erramos los mortales  
 en nuestros juycios intelectuales;  
 bien el proverbio aquí lo manifiesta:  
     «Quien con niños se acuesta...»  
 Pues, como iba diciendo de mi cuento,  
     el chico en un momento,  
     llegó a la barbería,  
 llamó al autor de la bellaquería  
     y le dió su recado.  
 El hombre, descuydado,  
     tomó capa y gatillo,  
 y ya se iba a marchar con el chiquillo  
     quando, por su fortuna,  
 de sus ventosidades soltó una;  
     lo que el muchacho oyendo  
     le dixo sonriendo:  
 —Bien puede usted, maestro, ahora afloxarse,  
     que pronto ha de ensuciarse,  
     pues mi padre, enfadado,  
 del raygón que a mi madre le ha sacado  
     porque falta le hacía,  
 la tranca de la puerta prevenía;

y es que, sin duda, intenta  
de lo que usted sacó tomarle cuenta.—  
Quando esto oyó el barbero,  
soltó capa y sombrero  
y le dixo: —Para esa paparrucha  
no es menester que vaya yo. Hijo, escucha:  
corre y dile a tu padre  
que le meta a tu madre,  
si le hace falta, en el lugar vacío,  
otro raygón que tiene igual al mío.



## LOS RELOXES DEL SOLDADO

Dieron aloxamiento  
a un tunante sargento  
en la casa de cierta labradora,  
viuda, joven, con humos de señora,  
cuyo genio intratable  
en breve con su huésped se hizo amable,  
habiendo reparado  
que era rollizo, sano y bien formado;  
tanto, que dixo para su capote:  
—¡Vaya! Tendrá un bellissimo virote.—  
Al tiempo que cenaron,  
mil pullas a los dos se les soltaron,  
y después el sargento  
dixo:—Patrona mía, lo que siento

es que mi compañía  
 marcha al romper el día,  
 por lo qual tendré que irme tempranito,  
 y quizá no habrá en este lugarcito  
 un reloj de campana  
 que se oygan dar las tres por la mañana.—

—Aunque no haya ninguno  
 (la viuda respondió), yo tengo uno  
 en mi corral guardado,  
 que es más fixo que el sol por lo arreglado:  
 mi gallo, que no atrasa ni adelanta,  
 porque a la aurora sin falencia canta.—  
 —Yo también (respondióla prontamente  
 el sargento) un reloj conmigo tengo  
 que, quando está corriente,  
 todas las horas da que le prevengo;  
 pero para arreglarle  
 es preciso las péndolas colgarle,  
 dándolas movimiento  
 mientras que el minuterero toma asiento,  
 que, en teniéndole a gusto,  
 apunta bien y da las horas justo;  
 mas yo, solo y cansado,  
 no le puedo poner en tal estado.—  
 —Lo hará el señor sargento con mi ayuda—

le dixo la viuda.

—Tanto mejor (exclama  
 el tunantón); pero será en la cama.—

Y no lo dixo en vano;  
 que, tomándola luego de la mano,  
 al lecho la conduce  
 y, halagándola, pronto la reduce  
 a que en forma se ponga:  
 el minuterero mete,

las péndolas le cuelga y arremete  
 tan firme a la patrona a troche y moche,  
 que dió todas las horas de la noche.  
 Gustosa la viuda, aunque cansada,  
 vino a dormirse hacia la madrugada,  
 y también el sargento, sin cuydado,  
 en el gallo fiado,  
 cogió el sueño, contento  
 de la repetición del movimiento.

Ya bien entrado el día,  
 le despertó la priesa que tenía  
 de marcharse temprano,  
 porque no cantó el gallo, o cantó en vano;  
 y viendo que ya había falta hecho,  
 al corral fué derecho,  
 pilló al pobre reloj de carne y pluma,

y con presteza suma  
 el pescuezo torcióle  
 y en el morral, colérico, metióle.  
 Queriendo antes de irse  
 de su amable patrona despedirse,  
 volvió a entrar en la alcoba  
 y encontró a la muy boba  
 destapada y despierta;  
 conque cerró la puerta  
 y, montándola presto,  
 la dixo:— Mi reloj se ha descompuesto  
 otra vez y, antes de irme en tal estado,  
 quiero que me lo pongas arreglado.—

La dócil labradora  
 lo arregló y le hizo dar la última hora;  
 y él, de la compostura agradecido,  
 tomó la puerta habiendo concluído;  
 mas ya en la calle, díxola en voz alta:  
 —Si su reloj, patrona, le hace falta,  
 no se la dé cuydado,  
 porque andaba también algo atrasado,  
 y yo, para ponerlo como nuevo,  
 en mi morral a componer lo llevo.

---



### DIÓGENES EN EL AVERNO

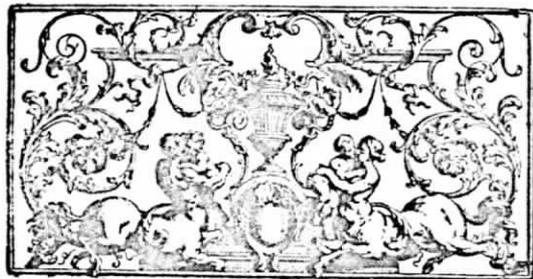
El cínico Diógenes de Atenas  
 con su filosofía  
 hizo, mientras vivió, mil cosas buenas,  
 siendo su gran manía  
 ponerse a procrear públicamente  
 a sol radiante y a faldón valiente.  
 Decía: —No es razón que a ver a un hombre  
 morir se junten tantos  
 y el ver fabricar otro les asombre  
 para que hagan espantos.—  
 ¡Ay; ya murió este sabio, y su tinaja  
 le sirvió de sepulcro y de mortaja!  
 Libre, después, del natural pellejo,  
 descendió a la morada

de las errantes sombras, y el buen viejo  
 la halló tan embrollada,  
 que mandó de su cóncavo profundo  
 la relación siguiente a nuestro mundo.  
 Dice, pues, que llegando del Leteo  
 a la terrible orilla,  
 vió al anciano Carón, pálido y feo,  
 sentado en su barquilla,  
 procurando con mano intermitente  
 dar a su seco miembro un emoliente.  
 Las sombras de los muertos se agrupaban  
 en fantásticas tropas;  
 con ademanes lúbricos se alzaban  
 las funerarias ropas,  
 y trabajaban hembras y varones  
 en dar el sér a mil generaciones.  
 Atónito Diógenes severo,  
 esperó a que acabara  
 su operación prolífica el barquero  
 para que a la otra orilla le pasara;  
 el qual, luego que tuvo a bordo al sabio,  
 le dixo así con balbuciente labio:  
 —¡Oh cínico filósofo! Has llegado  
 en un día al Averno  
 de polución, pues hoy está ocupado

el gran Plutón eterno  
 en procrear tres furias inhumanas,  
 porque están las Euménides ya ancianas.  
 A este fin, en su lecho, a lo divino  
 embiste a Proserpina,  
 y, en tanto, sus vasallos del destino  
 seguimos la bolina.  
 Bien puedes tú, pues hoy no han de juzgarte,  
 en los Campos Elíseos embocarte.—  
 Dixo, y le desembarca al otro lado.  
 Diógenes, siguiendo  
 su camino, gustoso y admirado,  
 las obras iba viendo  
 del luxurioso influxo entre los diablos  
 de aquellos obscurísimos establos.  
 El Can Cerbero y la Quimera holgaban  
 en lúbrico recreo;  
 las hijas de Danao se lo daban  
 a Ixión, a Prometeo,  
 a Tántalo, a Sisifo y a otros muchos  
 condenados espectros y avechuchos.  
 Minos también, y Caco, y Radamanto,  
 alcaldes infernales,  
 a las tres viejas Furias entre tanto  
 atacaban iguales,

y Diógenes a todos, satisfecho,  
 al pasar les decía: —¡Buen provecho!—  
 Por último, a Plutón y Proserpina  
     llegó a ver en la cama,  
 armando, al engendrar, tal tremolina  
     entre sulfúrea llama,  
 que sus varias y bellas contorsiones  
 imitaban culebras y dragones.  
 En vez de semen, alquitran vertían;  
     moscardas les picaban;  
 los fétidos alientos que espelían  
     el Averno infestaban;  
 y, por suspiros, daban alaridos,  
 de su placer furioso poseídos.  
 Aquí exclamó Diógenes (y acaba  
     su relación con esto):  
 —¡Qué bien hacía yo cuando engendraba  
     públicamente puesto!  
 ¡No ocultéis más, mortales, un trabajo  
 que hacen diablos y dioses a destajo!

---



### LA MEDICINA DE SAN AGUSTÍN

En la ciudad alegre y renombrada  
 que riega, saltarín, Guadalmedina,  
 empezó a padecer de mal de orina  
     una recién casada  
     de edad de veynte años,  
 a quien vinieron semejantes daños  
     de que su viejo esposo,  
     setentón luxuriouso,  
 por más esfuerzos que a su lado hacía  
 y con sus refregones la impelía  
     al conyugal recreo,  
 jamás satisfacía su deseo,  
 quedando a media rienda el pobrecito  
 con un moco de pavo tan maldito,

que la moza volada  
enfermó de calor. ¡Ahí que no es nada!

Era harto escrupulosa  
la quemada esposa,  
y, por calmar su ardor la Penitencia,  
frecuentaba los santos sacramentos  
pensando que aliviaran su conciencia  
ciertos caritativos argumentos

con que un frayle agustino  
daba lecciones del amor divino.

Refirióle afligida  
las fatigas que el viejo impertinente  
su esposo, aunque impotente,  
la obligaba a sufrir, y que encendida,  
después que la atentaba  
y de asquerosas babas la llenaba,  
en el critico instante  
la dexaba ardorosa y titilante.

(Y aquí, lector, no cuento  
lo que también contó de un sordo viento  
fétido y asqueroso  
que espelía en la acción su anciano esposo,  
caliente y a menudo:  
mas por mí no lo dudo,  
porque la edad en tales ocasiones

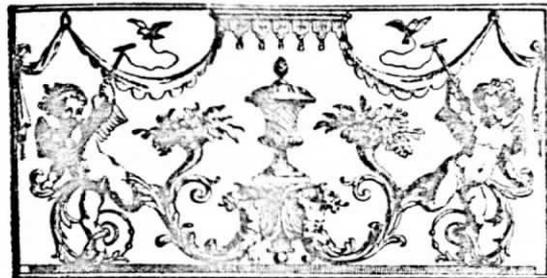
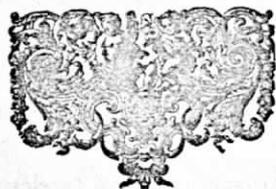
afloxa del violín los diapasones.)

Volvamos sin tardanza  
al agustino, que entendió la danza  
y la dixo:— Esta tarde  
a solas quiero, hermana, que me aguarde  
en su cuarto, y haré que el mal de orina  
se le cure con una medicina  
que el gran padre Agustín, santo glorioso,  
a nuestra religión dexó piadoso.—

En esto concertados,  
el bravo confesor y la paciente  
a la tarde siguiente  
en una alcoba entraron y, encerrados  
allí, Su Reverencia  
a la joven curó de su dolencia  
con un modo suave  
y al mismo tiempo vigoroso y grave.

Entre tanto, el esposo  
con un médico había, cuydadoso,  
consultado los males  
que su muger sufría tan fatales  
y a su casa consigo le traía  
a tiempo que salía  
de ella el buen confesor, gargaxeando  
y de la fuerte operación sudando.

Sin detenerse el viejo en otra cosa,  
 entró y dixo a su esposa:  
 —Mira, hijita, qué médico he buscado,  
 que dexará curado  
 ese tu mal de orina  
 aplicándote alguna medicina.—  
 Y ella al galeno entonces, muy serena,  
 dixo:— No es menester, que ya estoy buena;  
 mi enfermedad penosa  
 ha cedido a la fuerza milagrosa  
 que San Agustín puso en los pepinos  
 de los robustos frayles agustinos.



## ONCE Y TRECE

PRIMERA PARTE

Con un robusto frayle carmelita  
 se confesaba un día una mocita  
 diciendo:— Yo me acuso, padre mío,  
 de que con luxurioso desvarío  
 he profanado el sexto mandamiento  
 estando con un frayle amancebada;  
 pero ya de mi culpa me arrepiento  
 y espero verme de ella perdonada.—  
 —¡Válgame Dios! (el confesor responde,  
 encendido de cólera). ¿Hasta dónde  
 ha de llegar el vicio en las mugeres,  
 pues sacrílegos son ya sus placeres?  
 Si con algún seglar trato tuviera,

no tanta culpa fuera;  
 mas con un religioso... Diga, hermana:  
 ¿qué encuentra en él su condición liviana?—  
 La moza respondiòle compungida:  
 —Padre, hombre alguno no hallaré en mi vida  
 que tenga tal potencia:  
 sepa Su Reverencia  
 que mi frayle, después que me ha montado  
 trece veces al día, aún queda armado.—  
 —¡Sopla! (dixo admirado el carmelita).  
 ¡Buen provecho, hermanita!  
 De tal poder es propio tal desorden;  
 de once... sí... ya los tiene nuestra orden  
 cuando alguno se esfuerza...  
 ¡pero trece!... Gerónimo es por fuerza.

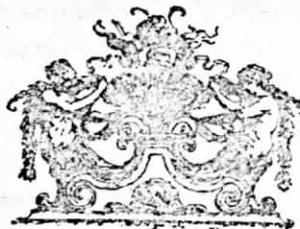
## SEGUNDA PARTE

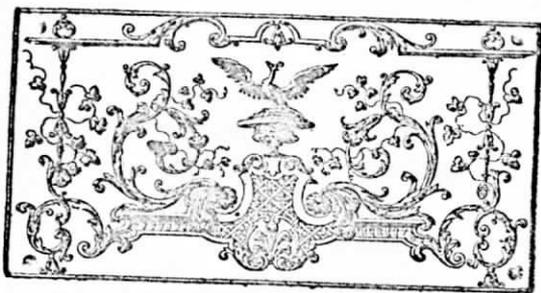
La casa de una moza visitaba  
 un gerónimo grave, con frecuencia,  
 y en ella muchas veces exaltaba  
 de su orden poderosa la esclencia.  
 Entre las propiedades que elogiaba  
 con más grave fervor Su Reverencia  
 era la de las fuerzas genitales,

en que son los gerónimos brutales.  
 —Ya sé (dixo la moza) que infinitas  
 son las fuerzas de tropa tan valiente,  
 pues de los monacales las visitas  
 sacian a la devota más ardiente:  
 si hacen once los padres carmelitas,  
 los gerónimos trece comunmente;  
 pero trece, por más que se pondera,  
 es docena de frayles cualesquiera.—  
 —Ese refrán no prueba lo bastante  
 (el gerónimo dixo, algo picado);  
 mas un convenio hagamos al instante  
 que mi instituto dexé acreditado,  
 y es: que, después que juguetón y amante  
 la docena del frayle te haya echado,  
 por cada vez de más que te lo haga  
 una onza de oro me darás en paga.—  
 —Está muy bien; acepto ese partido  
 (la moza replicó); mas convendremos  
 en que si de las trece que ha ofrecido  
 falta alguna, la falta ajustaremos  
 a onza de oro, qual yo lo he prometido.—  
 —Sea en buen hora y juntos dormiremos  
 (respondió el reverendo, complacido),  
 pues si esta noche en mi convento falto

es para conseguirle honor más alto.  
 Hecho el trato, a las doce se acostaron;  
 matan la luz, empiezan las quimeras,  
 y ocho postas seguidas galoparon  
 sin dar paz a riñones ni a caderas;  
 mas luego que la nona comenzaron  
 paró la moza sus asentaderas,  
 porque la pobre ya más no podía.  
 ¡Tan duro y firme el frayle lo tenía!  
 En fin, al ser de día, el religioso  
 corrió la posta trece por entero  
 y de la moza el chisme cosquilloso  
 puso como de patos bebedero.  
 Ella, viendo el estado vigoroso  
 del frayle, y en peligro su dinero,  
 pretestando un aprieto no decente,  
 salióse de la alcoba prontamente.  
 Buscó y llamó en silencio a su criada;  
 contóle del concierto el mal estado  
 y que ella no se hallaba para nada  
 porque el frayle la había derrengado,  
 mas que, por no quedar avergonzada,  
 el recurso que había imaginado  
 era que sin chistar corriendo fuera  
 y en la cama con él se zambullera.

Una yesca encendía el frayle en tanto,  
 y el pedernal con lumbre brilladora  
 a la criada al entrar dió tal espanto  
 que, volviéndose, dixo a su señora:  
 —¡Ay, que es su aquél como un brazo de santo!  
 ¡Lo he visto y no me atrevo a entrar ahora,  
 pues a lo tieso al frayle se le junta  
 que le está echando fuego por la punta!





### LA ORACIÓN DE SAN GREGORIO

Un cura y su criada en una aldea  
la noche de difuntos  
se calentaban juntos  
al fuego de una grande chimenea.  
La doncella era joven y graciosa  
tanto como inocente,  
y el cura un hombre ardiente  
de barriga y gordura prodigiosa,  
porque siempre estos bienaventurados  
son de salud por el Señor colmados.  
Al ir al dormitorio,  
la muger dixo al cura, compungida:  
—¡Ay, señor! Estarán en la otra vida  
almas del Purgatorio

esta noche esperando  
los sufragios que allí vayan llegando  
de unas y de otras gentes,  
para subir al Cielo,  
y, aunque he rezado yo por mis parientes,  
no sé si este consuelo  
lograrán por mis cortas oraciones,  
porque esto también anda en opiniones.—  
—Cierto (la dixo el cura, suspirando,  
desnudo ya, subiéndose a la cama  
y sus formas rollizas enseñando);  
cierto que no hay sufragios suficientes  
para sacar las ánimas benditas  
de la llama cruel del Purgatorio,  
si no es cierta oración de San Gregorio  
que consigue indulgencias infinitas.  
Cada vez que se reza por un alma,  
sube al instante al Cielo con su palma;  
mas no puede rezarse  
sino entre dos al tiempo de acostarse.—  
—¡Oh! Si en esto consiste  
(respondió la doncella),  
señor cura, por Dios que la recemos  
entre los dos, y luego dormiremos;  
iránse por mis padres aplicando

al tiempo de ir rezando.—  
 —Bien: aunque tengo sueño (dixo el cura),  
 lo haré porque te estimo;  
 acuéstate a mi lado  
 y no tengas cuydado  
 si en medio del fervor a tí me arrimo,  
 porque estas oraciones  
 tienen su ahogo y sus espiraciones.—  
 Con arreglo a las tales circunstancias,  
 rezaron juntos la oración primera,  
 que se aplicó a la madre  
 de la pobre soltera,  
 y ella exclamó: «Prontito por mi padre  
 recemos, señor cura, que no dudo,  
 por el placer que el rezo me ocasiona,  
 que mi madre en el Cielo se corona.—  
 Como mejor se pudo,  
 (y a fé que bien lo hicieron)  
 después rezando fueron  
 por los tíos, hermanos  
 y parientes lexanos  
 de que se fué acordando la mozuela,  
 y en fin solo un abuelo  
 faltaba de tan larga parentela  
 que conducir al Cielo.

El cura, ya cansado  
 porque había salvado  
 con su santa faena  
 diez ánimas en pena,  
 por más que se afanaba,  
 se encendía y sudaba  
 y mil esfuerzos con vigor hacía,  
 arrancar aquel muerto no podía;  
 y la moza, notando  
 esta falta, le dixo:—¿Qué? ¿Mi abuelo  
 no ha de subir al Cielo?—  
 A que respondió el cura desmontando:  
 —No, porque él no rezaba a San Gregorio.  
 Déjalo que se esté en el Purgatorio.





## LOS NUDOS

Casarse una soltera recelaba,  
temiendo el grave daño que causaba  
el fuerte ataque varonil primero  
hasta dexar corriente el agujero,  
La madre, que su miedo conocía,  
si a su hija algún joven la pedía  
con el honesto fin del casamiento,  
procedía con tiento,  
sin quitarle del todo la esperanza,  
hasta que en confianza  
al galán preguntaba sigilosa  
si muy grande o muy chica era su cosa.  
Luego que esta cuestión qualquiera oía,  
alarde al punto hacía

de que Naturaleza  
le había dado suficiente pieza.  
Quién decía:—Yo más de cuarta tengo—;  
quién:—Yo una tercia larga la prevengo—;  
y un oficial mostró por cosa rara  
un soberbio espigón de media vara.  
Tan grandes dimensiones iba viendo  
la madre y a los novios despidiendo,  
diciéndoles:—Mi niña quiere un hombre  
que con tamaños tales no la asombre:  
un marido de medios muy escaso;  
y así, ustedes no sirven para el caso.—

Corrió en breve la fama  
del extraño capricho de esta dama,  
hasta llegar a un pobretón cadete  
que luego que lo supo se promete  
vivir en adelante más dichoso  
llegando con astucia a ser su esposo.

Presentóse en la casa  
y, lamentando su fortuna escasa,  
dixo que hasta en las partes naturales  
erán sus medios en pobreza iguales.

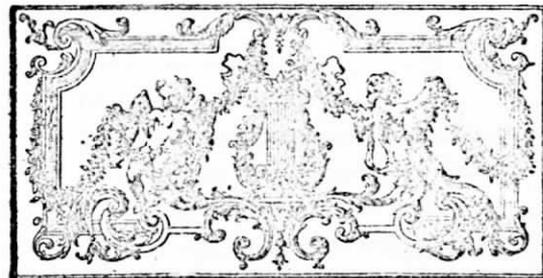
Oyendo esta noticia,  
la madre le acaricia,  
y, como tal pobreza la acomoda,

el cadete en seguida hizo la boda.  
 Ajustada conforme a su deseo,  
 en la primera noche de himeneo  
 se acostó con su novio muy gustosa,  
 sin temor, la doncella melindrosa;  
 mas, apenas su amor en ella ensaya,  
 quando enseñó el cadete un travivaya  
 tan largo, tan rechoncho y desgornado,  
 que mil monjas le hubieran codiciado.  
 La moza, al verlo, a todo trapo llora;  
 llama a su madre y su favor implora,  
 la que, en el cuarto entrando  
 y de su yerno el cucharón mirando,  
 empezó del engaño a lamentarse  
 diciendo que le haría descasarse;  
 y el cadete, el ataque suspendiendo,  
 así la habló, su astucia defendiendo:  
 —Señora suegra, en esto no hay engaño;  
 yo no le haré a mi novia ningún daño,  
 porque tengo un remedio  
 con que el tamaño quede en un buen medio.  
 Déme un pañuelo: me echaré en la cosa  
 unos nudos que escurran, y mi esposa,  
 según que con la punta yo la incite,  
 pedirá la ración que necesite.

Usté, que por las puntas el pañuelo  
 tendrá para evitar todo recelo,  
 los nudos, según pida, irá soltando  
 y aquello que la guste irá colando.—  
 No pudiendo encontrar mejor partido,  
 abrazaron las dos el prevenido:  
 al escabullo encaxan el casquete,  
 y la alta empresa comenzó el cadete.

Así que la mocita  
 sintió la titilante cosquillita,  
 a su madre pidió que desatara  
 un nudo, para que algo más entrara.  
 Siguieron la función según se pudo,  
 a cada golpe desatando un nudo,  
 hasta que al fin, quedando sin pañuelo  
 el potente ciruelo  
 dentro ya del ojal a rempujones,  
 apenas ver dexaba los borlones.  
 Mas ella, no saciando su apetito,  
 decía:—¡Madre, quite otro nudito!—  
 A que exclamó la vieja, sofocada:  
 —¡Qué nudo ni qué nada!  
 Ya no queda ni nudo ni pañuelo;  
 que estás con tu marido pelo a pelo.—  
 —¡Cómo! (la hija respondió furiosa).

¿Pues qué hizo usted de tan cumplida cosa?  
 ¡Ay! Dios se lo perdone:  
 siempre mi madre mi desdicha fragua;  
 todo lo que en las manos se le pone  
 al instante lo vuelve sal y agua.



## LA LIMOSNA -

A pedir la limosna acostumbrada,  
 a una granja del pueblo separada,  
 llegó un fornido lego franciscano,  
 y encontró de caracter muy humano  
 a una viuda y joven labradora  
 que era de aquella granja la señora.  
 Ésta, luego que vió tan colorado  
 al lego, tan robusto y bien tratado,  
 sintió cierta pasión picante y viva  
 que aumentó su virtud caritativa.  
 Echóle en las alforxas varias cosas  
 al paladar gustosas,  
 con que los reverendos regalones  
 suelen regodearse en ocasiones,

y, ya muy bien provisto por su mano,  
 le dixo al irse:— ¿Quiere más, hermano?  
 —Quiero lo que me den (respondió el lego);  
 mas lo que haya de ser démelo luego,  
 porque quien pronto da y sin intereses  
 hace una buena acción y da dos veces.—  
 —Pues voy a darle (replicó la hermana)  
 un velloncito negro de mi lana,  
 que le puede servir de cabecera  
 quando se quede del convento fuera.—  
 Con efecto, le trajo un velloncito  
 muy negro, muy rizado y peinadito,  
 que el lego recogió con gran sosiego,  
     queriendo marchar luego,  
 diciendo —*¡Sea por Dios!*—según costumbre,  
 sin que el nuevo regalo diese lumbre.  
 Mas la viuda, cogiéndole la punta  
 del cordón, le detiene y le pregunta,  
     afable y cariñosa,  
 si no necesitaba de otra cosa.  
 A que él dixo: —No habrá nada que sobre  
 a mi comunidad, porque es muy pobre,  
     y de todo, hermanita,  
 la orden de San Francisco necesita.—  
     Mientras esto pasaba,

una gallina dentro cacareaba  
 y la viuda al lego dixo:— Espere,  
 hermano, y llevará si lo quisiere,  
 pues por mayor regalo se lo ofrezco,  
 de mi pollita blanca un huevo fresco.—  
     —Hermana, uno no basta  
 (dixo el lego); que cada frayle gasta,  
 para su provisión, por todo el año,  
 un par de huevos y de buen tamaño.—  
 La labradora entonces junto al lego  
     se arrima con más fuego  
 y, sin andarse en otros perendengues,  
 le dice cariñosa, haciendo dengues:  
 —Pues, hermano, que tome le aconsejo  
 para regalo suyo este conejo.—  
 —No lo gasto tampoco; mas no obstante  
 (el lego la responde), aquí delante,  
 pues es limosna, engánchele al momento:  
 le llevaré al guardián de mi convento,  
 que lo suele comer muy a menudo  
 aunque tenga sus pelos y esté crudo.

---



### A ROMA POR TODO

Un payo a confesarse a Madrid vino  
por ver si un reverendo capuchino  
que de gran santidad fama tenía,  
de sus grandes pecados le absolvía.

Dirigióse al convento  
de este varón sagrado  
y le halló en el asiento  
de su confesionario, rellanado,  
absolviendo a súgetos diferentes  
que tenían las caras penitentes.  
Llegó al payo su vez y, arrodillado,  
—Padre (le dice), mi mayor pecado,  
que me pesa en extremo  
porque mil veces temo  
por esta causa verme condenado

sin que la paz de Dios nunca recobre,  
es tener la desdicha de ser pobre.—

—¿Y a ello pecado llama?

Cristo amó la pobreza (el frayle esclama)  
y esa no es culpa.—

—¡Ay, padre! (el payo dice),  
es que, como yo soy tan infelice,  
mi muger y mi madre,  
mis tres cuñadas mozas y mi padre  
para vivir tenemos un cuartito  
no más, porque yo estoy muy pobrecito.—  
—Vamos (le manda el frayle), hijo, prosiga,  
que todavía en vano se fatiga.—

—Allá voy (siguió el payo, suspirando);  
pues, como iba contando,  
uná cama háy no más en esta pieza  
para tantás personas; mi pobreza  
no permite tampoco que tengamos  
ninguna luz cuando nos acostamos,  
y así yo, equivocado,  
muchas veces á oscuras he topado  
en vez de mi muger, ¡ay!, con mi madre,  
y otras veces... ¡Ay, padre,  
será fuerza ir a Roma  
si de absolverme el cargo no se toma!—

Aquí, mientras el payo suspiraba,  
el frayle se encogía y encerraba  
en el confesionario, y luego dixo:

—Acaba pronto, hijo,  
mientras que yo en seguro me acomodo,  
porque, como ahora estás tan agitado  
y aquí no hay luz, con ese pobre modo  
puedes topar conmigo equivocado.—

—No haré (replicó el payo),  
que huele a capuchino vuestro sayo;  
pero a mí me han perdido  
las equivocaciones:

sin luz, medio dormido,  
he *compuesto* en diversas ocasiones,  
lo mismo que a mi madre á mis cuñadas,  
y todás cuatro están embarazadas.

Si el cargo no se toma  
Su Reverencia, padre, de absolverme,  
me costarán mis culpas ir a Roma  
y no sé en mi pobreza cómo hácerme.—  
A lo que dixo el frayle:— ¡Pobrecito!  
Todavía no es tiempo. Corre, hijito;  
vé y *compón* a tu padre, y de este modo  
irás a Roma de una vez por todo.



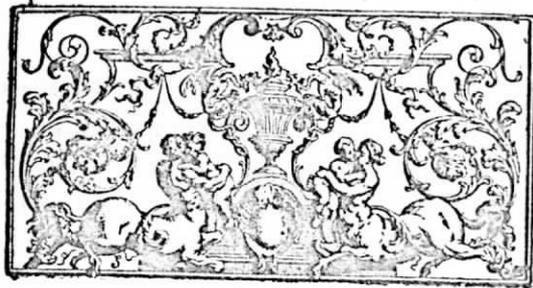
## EL RESFRIADO

Montada en la trasera de su mulo,  
a una pobre aldehuela  
llevaba un arriero a una mozuela,  
la qual, con disimulo,  
o por flato o por malos alimentos,  
solía soltar envenenados vientos.  
Iba estando el arriero sofocado  
del mal olor, y díxola enfadado:  
—Mira que quando des en afloxarte  
de esa suerte, no tienes que quexarte  
si me aburro y te apeo  
y encima de tí un rato me recreo,  
porque el flato se cura en ocasiones  
con ciertas lavativas a empujones.—

La mozuela calló atemorizada;  
 pero, como la pobre iba cargada,  
     por más que se encogía,  
 el ayre a su pesar se le salía,  
 y así, al primer rumor extraordinario  
 que escuchó el arriero temerario,  
     la baxó diligente,  
     la tendió prontamente  
 y, para dar remedio a su fátiga,  
 la estrujó cuerpo a cuerpo la barriga,  
     quedando él más ligero  
 y ella mucho mejor del flato fiero.  
 Concluyóse, siguieron caminando,  
 y la moza también de quando en quando  
 siguió echando gerundios garrafales,  
 los que nuestro arriero, por sus males,  
     apenas escuchaba,  
 quando otra vez de nuevo la estrujaba.  
     Tanto usó del remedio,  
 que al hombre al fin le vino a causar tedio,  
 y, aunque con más estruendo ella espelía  
 el viento, el arriero ya no oía;  
 y la muchacha, al ver que su costumbre  
     no daba entonces lumbre,  
 le dixo: —¡Ay, Dios! ¡Tío Juan, que me he afloxado,

¿No oye usted qué rumor se me ha escapado?  
 Detengamos el mulo  
 y póngame en el suelo.—  
 A lo que él respondió volviendo el culo:  
 —Estoy ya resfriado y no te huelo.





### EL ONANISMO

Un zagalón del campo,  
de estos de «Acá me zampo»,  
con un frayle panzón se confesaba,  
que anteojos gastaba  
porque, según decía,  
de cortedad de vista padecía.  
Llegó el zagal al sexto mandamiento,  
donde tropieza todo entendimiento,  
y dixo: —Padre, yo a muger ninguna  
jamás puse a parir, pues mi fortuna  
hace que me divierta solamente,  
cuando es un caso urgente,  
con lo que me colgó Naturaleza,  
y lo sé manexar con gran destreza.—

—¿Conque contigo mismo  
(dice el frayle, enojado)  
en un lance apretado  
te diviertes usando el onanismo?—

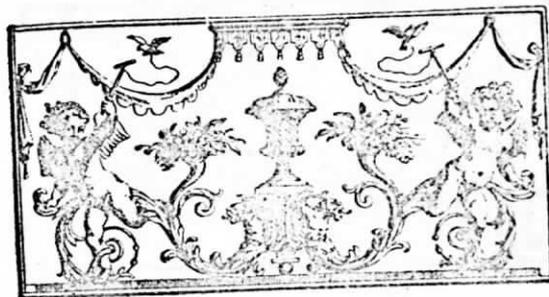
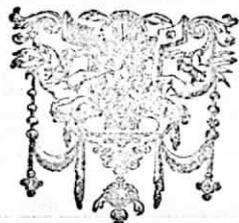
—No, padre (el zagal clama);  
no creo que es así como se llama  
mi diversión, sino la...

—Calla, hombre  
(dice el frayle); yo sé muy bien el nombre  
que dan a esa vil treta,  
infame consonante de retreta.

¿Tú no sabes que fué vicio tan feo  
invención detestable de un hebreo,  
y que tú, por tenerlo, estás maldito;  
del Espíritu Santo estás proscrito;  
estás predestinado  
para ser condenado;  
estás ardiendo ya en la fiera llama  
del Infierno, y...?—

—¡No más! (el mozo esclama,  
queriendo disculparse).  
Esta maña no debe graduarse  
en mí de culpa, padre. Yo lo hacía  
porque veo muy poco, y me decía  
mi primo el sastre que se le aclaraba

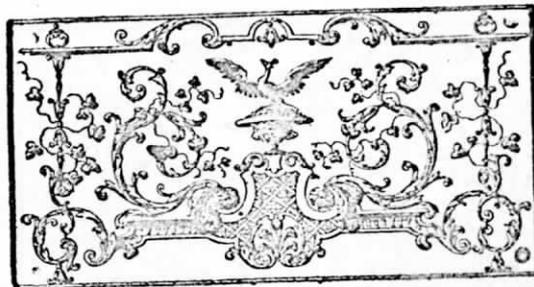
la vista al que retreta se tocaba .—  
 Aquí con mayor ira  
 el frayle replicó: —¡Todo es mentira!  
 Si fueran ciertos esos formularios,  
 las pulgas viera yo en los campanarios.



### LA PAGA ADELANTADA

Una soltera muy escrupulosa  
 casarse rehusaba,  
 y decía a su madre que pensaba  
 que hacer la mala cosa  
 aun después de casada era pecado.  
 Un bigardón del caso fué informado,  
 y, habiéndose en la casa introducido  
 y hallándose querido,  
 pidió a la niña luego en casamiento.  
 Ella el consentimiento  
 dió con la condición de que tres veces  
 en la primera noche se lo haría  
 por ponerla corriente, y seguiría  
 luego una sola vez todos los meses.

Hízose al fin la boda  
y, de la noche ya llegado el plazo,  
la muchacha tres veces, brazo a brazo,  
sufrió, sin menearse, la acción toda.  
Concluyó el fuerte mozo su trabajo  
y durmióse cansado; ella, impaciente,  
andaba impertinente  
volviéndose de arriba para abajo,  
hasta que él acabó por despertarse  
y huraño dixo:— ¡Hay tal cosquillería,  
que por dos veces ya me has despertado!—  
Y ella exclamó, acabando de arrimarse:  
—¿Me quieres dar un mes adelantado?



### LAS TIXERAS DEL FRAYLE

Yéndose a confesar cierta criada,  
muy joven, inocente y agraciada,  
con un frayle gerónimo extremeño,  
más bravío que toro navarro,  
la sucedió un percance vergonzoso  
digno de ser sabido por chistoso.  
Hizo su confesión la tal sirviente  
como la hace cualquiera penitente,  
con profunda humildad y abatimiento,  
y pasó en blanco el sexto mandamiento.  
Notando el confesor el raro brinco,  
la preguntó con luxurioso ahinco  
por qué el santo precepto se saltaba  
sin decir de qué y cómo se acusaba;  
a lo que ella responde llanamente:  
—Nunca he pecado en él, ni venialmente.—  
Ante tan gran rareza,

miróla de los pies a la cabeza  
 el frayle, y pensó al punto: —O yo estoy loco,  
 o esto no es de perder, pues de esto hay poco.—  
 Siéntese con la cosa ya alterada  
 y, echando por la iglesia una ojcada,  
 notó que había en ella poca gente  
 y discurrió un diabólico espediente.  
 No hallando en qué imponerla penitencia,  
 pues la moza era un pozo de inocencia,  
 la dice: —¿Y cómo, siendo tan hermosa,  
 no pone más cuydado en ser curiosa?  
 Ese pelo, ¿por qué no está atusado?  
 Esa cara, ¿por qué no se ha lavado?  
 ¿Y qué diré al mirar uñas tan ñeras?  
 ¿Acaso es que en su casa no hay tixereras?  
 Pues, para que haga lo que la prevengo,  
 voy a darla unas finas que aquí tengo.—  
 Agárrala una mano y la dirige  
 sin más ni más a donde tiene el dige  
 y, estando ya la hornilla preparada,  
 en quanto tropezó se halló mojada.  
 Retira el brazo, llena de sorpresa,  
 limpiándose la goma a toda priesa,  
 y el frayle la pregunta: —¿Te has cortado?  
 Pues ya hace un mes que no se han amolado.



### QUALQUIERA COSA

Una noche de enero,  
 estaba calentándose al brasero  
 una joven casada,  
 la ropa a las rodillas remangada,  
 porque así no temía  
 quemarse en tanto que labor hacía.  
 De este modo esperaba a su marido,  
 que era un pobre artesano,  
 mientras entretenido  
 un chico que tenía, por su mano  
 castañas en la lumbre iba metiendo  
 y el rescoldo con ellas revolviendo.  
 Así agachado, de su madre enfrente,  
 asaba diligente

una y otra castaña,  
 quando, la vista alzando descuydado,  
 vió con admiración cierta montaña  
 de pelo engrafillado,  
 con que se coronaba y guarnecía  
 un ojal que su madre allí tenía.  
 Con tal visión se puso  
 el muchacho confuso;  
 mas queriendo, curioso,  
 saber si en aquel sitio tenebroso  
 alguna trampantoja se escondía  
 y qué hondura tenía,  
 poquirritito a poco, aunque con miedo,  
 se fué acercando, y... ¡zás!, la metió el dedo.  
 Respingóse la madre, y dió un chillido  
 por no estar su agujero prevenido  
 para esta tentadura inesperada,  
 y al dexar, agitada,  
 su silla, tropezó con el puchero  
 del guisado, y vertióle en el brasero.  
 El muchacho, que vió con sobresalto  
 arruyada la cena por el salto,  
 dixo: —¿De qué se asusta, madre mía,  
 si era yo quien el dedo la metía?  
 Dígame usted: ¿qué es eso

que tiene entre las piernas tan espeso?—  
 —¿Qué te importa? (le dixo muy rabiosa  
 la madre). Eso será... qualquiera cosa.

¡Miren qué travesura!  
 ¡No es mala tentación de criatura  
 buscarle las cosquillas a su madre  
 para que sin cenar dexé a su padre!  
 Ya verás, quando venga y se lo cuente,  
 qué lindá zurrá te dará en caliente.—

El chico, temeroso,  
 la pidió que callase,  
 pues jamás volvería a ser curioso  
 como a su padre nada le contase,  
 y la madre, por fin desenojada,  
 quando vino el marido  
 le refirió que el gato había vertido  
 la cena preparada,  
 derribando el puchero  
 que estaba calentándose al brasero.

El hombre, que la amaba,  
 aunque no le gustaba  
 quedarse sin cenar, como a su hijo,  
 —¡Qué hemos de hacer! (la dixo).  
 Por esta noche, esposá,  
 cenaremos los tres qualquiera cosa.—

Apenas el muchacho hubo escuchado  
 esta resolución, quando, agitado,  
 de tal suerte gemía,  
 que le preguntó el padre qué tenía.  
 Y el chico, con mayores desconsuelos,  
 respondió en voz llorosa:  
 —¡Yo no quiero cenar qualquiera cosa,  
 padre, que está mojada y tiene pelos!



## EL CAÑAMÓN

Cierta viuda, joven y devota,  
 cuyo nombre se sabe y no se anota,  
 padecía de escrúpulos de suerte  
 que a veces la ponían a la muerte.  
 Un día que se hallaba acometida  
 de este mal que acababa con su vida,  
 confesarse dispuso,  
 y dixo al confesor: —Padre, me acuso  
 de que ayer, porque soy muy guluzmera,  
 sin acordarme de que viernes era,  
 quité del pico a un tordo que mantengo,  
 jugando, un cañamón que le había dado  
 y me lo comí yo. Por tal pecado  
 sobresaltada la conciencia tengo

y no hallo a mi dolor consuelo alguno,  
al recordar que quebranté el ayuno.—

Díxola el padre: —Hija,  
no con melindres venga  
ni por vanos escrúpulos se aflixa  
cuando tal vez otros pecados tenga.—  
Entonces, la devota de mi historia,  
después de haber revuelto su memoria,  
dixo: —Pues es verdad: la otra mañana  
me gozó un frayle de tan buena gana  
que, en un momento, con las bragas caídas,  
once descargas me tiró seguidas  
y, porque está algo gordo el pobrecillo,  
se fatigó un poquillo  
y se fué con la pena  
de no haber completado la docena.—  
Oyendo semejante desparpaxo  
el cura un brinco dió, soltó dos coces,  
y salió por la iglesia dando voces  
y diciendo: —¡Caraxo!  
¡Echarla once, y no seguir por gordo!  
¡Ese sí es cañamón y no el del tordo!

---



## LA LINTERNA MÁGICA

Un novicio tenía en su convento  
el entretenimiento,  
quando a solas estaba,  
de tocarse el guión que le colgaba,  
porque, como del claustro no salía,  
gozar de otros placeres no podía.  
Sorprendióle en sus sucios ejercicios  
una vez el maestro de novicios,  
y el converso, turbado,  
queriendo se ocultase su pecado,  
imploró la piedad del reverendo,  
el qual así le dixo sonriendo:  
—Hermano, yo conozco la flaqueza  
de la naturaleza;

sé que en esta mansión de santa calma  
la carne nos domina cuerpo y alma,  
y a perdonar su culpa me acomodo;  
pero quiero me diga de qué modo  
puede hacerse ilusión consigo mismo,  
pues, aunque usaba yo del onanismo  
quando era mozalbete sin dinero,  
luego que descubrí cierto agujero

que tienen las mugeres,  
sólo con ellas pude hallar placeres.—  
El novicio, admirando la clemencia  
de su maestro, así a Su Reverencia  
le descubre el secreto,  
diciéndole: —Maestro, en un aprieto,  
es mi imaginación ardierte y viva  
quien me ayuda a la parte sensitiva,  
porque, en las ilusiones que me ofrece,  
una linterna mágica parece.

*Verbi gratia:* figúrome que veo  
pasar con luxurioso contoneo  
a la Ojazos, y esclamo: «¡Ay, Dios! ¡Qué hermosa!»;  
y empuño, como veis, luego mi cosa  
dándole... uno... dos... tres... golpes de mano  
que a la Ojazos dedico muy ufano.  
Después digo: «Ahora pasan las Trapitos

con melindres y adornos esquisitos;  
¡qué morenas que son...! ¡qué provocantes!»;  
y a su salud van dos pasavolantes.  
Luego pienso: «Allá va la Zapatera,  
que un mar de tetas lleva en la pechera.  
¡Ay!, ¡qué gorda!, ¡qué blanca!, ¡qué aseada!,  
¡qué pierna se la ve tan torneada!  
Bien merece su garbo soberano  
la dedique seis golpes de mi mano:  
uno... dos...»—

. Aquí el frayle, que veía  
que el novicio a lo vivo proseguía  
su cosa golpeando  
y que ya de la cuenta iba pasando,  
le dixo: —Espere y, ya que así se aplica,  
dígame a quién dedica  
de su linterna mágica el pecado.—  
A que el novicio respondió siguiendo  
su negocio, y la obra concluyendo:  
—¡Ay, padre! Pues pasó la Zapatera,  
esta va a la... ¡qué gusto!... a la qualquiera.



### EL ¿PUES Y QUÉ?

A un alcalde de corte a presentarse  
fué una muger, diciendo iba a quejarse  
de que el débito santo la mermaba  
su marido y jamás la contentaba.  
El alcalde mandó que al otro día  
ante su señoría  
los dos se presentasen en la audiencia,  
donde recibirían su sentencia;  
y, después de cenar, de sobremesa  
refirió a la alcaldesa  
la quexa que, pendiente  
ante su tribunal, al día siguiente  
debía sentenciarse,  
con que pensaba lindamente holgarse.  
La alcaldesa también quexosa estaba  
del alcalde en el punto de que hablaba,  
pues, aunque ella solía acariciarle



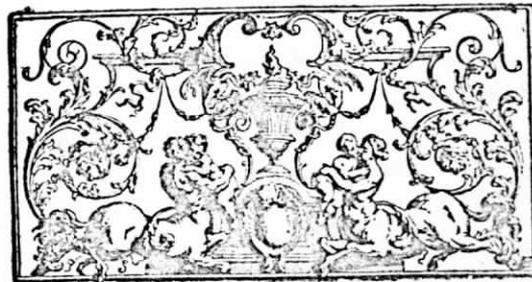
siempre que la golilla le ponía,  
no lograba ablandarle  
y aun golilla en la cama mantenía.  
Por lo mismo, curiosa determina  
escuchar de esta quexa la sentencia,  
y al otro día se escondió en la audiencia,  
muy temprano, detrás de una cortina.  
Entró el alcalde; luego, el matrimonio;  
y, para dar de todo testimonio,  
después, el escribano  
con semblante infernal y pluma en mano.  
Quando la acusación oyó el marido,  
de cólera encendido,  
se volvió a su muger y de esta suerte  
la dice sofocado:—Es cosa fuerte  
que pongas mi potencia en opiniones,  
sabiendo bien que en todas ocasiones,  
apenas en la cama estás metida,  
quando enristro y te pego mi embestida.—  
A lo que ella responde desdeñosa:  
—¿Pues y qué?—

Y él siguió:—Pues a otra cosa:  
¿negarás que también cuando amanece,  
hora en que todo humano miembro crece,  
contra tus partes gravemente juego

y el peregil con profusión te riego?—  
—¿Pues y qué?—

Y el marido proseguía,  
viendo que a su muger no convencía:  
—¿Y acaso negarás que por las siestas,  
a pesar del calor, te hago mil fiestas  
y que el ataque entonces, aunque largo,  
no abandono jamás si no descargo?—  
A que la muger dice, haciendo un gesto:  
—¿Pues y qué?—

Pero apenas dixo esto,  
quando de pronto se mostró en la sala  
la alcaldesa exclamando:—¡Enhoramala  
váyase la insolente de la audiencia  
antes que se me apure la paciencia  
y mande que la azoten como a Cristo!  
¿Hay mayor desvergüenza? ¿Quién ha visto  
con tal superchería  
muger de poluciones más avara?  
Yo soy una alcaldesa y cada día  
con sólo un ¿pues y qué? me contentara.



## EL MODO DE HACER PONTÍFICES

Un joven arriscado  
de una soltera estaba enamorado  
y el tiempo que a su lado estar podía  
el dedo la metía  
para saciar de amor su ardiente llama  
sin que pierda su fama,  
y ella, en tanto, la mano deslizando  
por baxo de la capa  
(que es quien urgencias semejantes tapa),  
manexándole aquéllo, cariñosa,  
le sacaba la savia pegajosa.

A este entretenimiento  
puso fin de la Iglesia el cumplimiento;  
fué a confesar el joven, cabizbajo,

y, contándole al frayle su trabajo,  
     en vano se disculpa  
 pues Su Paternidad siente que es culpa  
     su diversión muy grave,  
 y en tono de sermón dice que sabe  
     que el Espíritu Santo  
 maldice al hombre que con vicio tanto,  
     por su infame malicia,  
 en la tierra su jugo desperdicia  
 quando, bien empleado en cuerpo humano,  
     quizá produciría  
 un obispo o pontífice romano;  
     y que si le absolvía  
 era con condición de que volviese  
     pasada una semana  
 enmendado de culpa tan liviana  
     y que lo mismo hiciese  
 la cómplice infeliz de su delito.

Pasó el tiempo prescrito  
 y el penitente presentóse ufano.  
 —Padre (le dixo), ya, por que no en vano  
 en la tierra se vierta la simiente  
 al tiempo que al salir se precipita,  
     mi amada, diligente,  
 la ha recogido en esta redomita,

que traigo pára que haga lo que quiera,  
 echándola a su gusto en cuerpo humano;  
 pero si mi opinión prevaleciera,  
 sólo haría un pontífice romano.

